

NO TE FIES
DE PAUL HALKIN

Kelltom McIntire

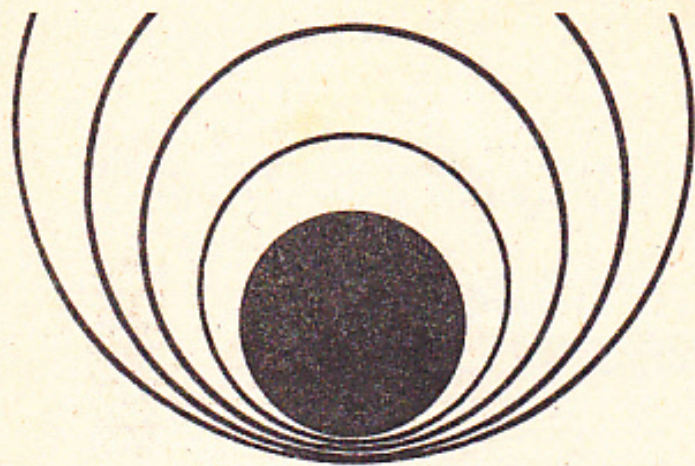
SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

Kelltom McIntire

NO TE FIES DE PAUL HALKIN

C





PUNTO ROJO



KELLTOM MCINTIRE
NO TE FIES DE PAUL HALKIN

Colección
PUNTO ROJO n.º 922
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S A

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BRAVO OESTE:

483. —La pista de los cien mil.

En Colección PUNTO ROJO:

901.— Incidente en Rowles Pike.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.525.— ¡Buen viaje, Jill!

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

988.— Pasaporte al Más Allá.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

170.— Trampa en Apache Creek.

En Colección COLORADO:

949. —Whisky caliente.

En Colección KANSAS:

867. —El largo camino hasta Albuquerque.

ISBN 84-02-02520-X Depósito legal: B. 33.671 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: diciembre, 1979

© Kelltom McIntire - 1979

texto

© Rafael Cortieila - 1979

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.A Parets
del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1979

CAPITULO PRIMERO

Cuando abandoné el colegio Granjer eran más de las nueve de la noche. Llovía a cántaros y yo —estúpida de mí— había olvidado el paraguas.

Me recriminé a mí misma durante unos minutos, mientras los automóviles cruzaban veloces sobre el mar de tinta chica del asfalto. Bajo la marquesina del colegio, encendí un cigarrillo y di unas furiosas chupadas... antes de que una fría ráfaga de lluvia me lo humedeciera: tiré el pitillo deshecho al suelo y me maldije mentalmente por mi falta de previsión.

Aguardé, esperanzada, a que pasara un taxi. Por desgracia, la calle Hoover era una arteria poco importante y los taxis torcían en la esquina de Kennedy Avenue, más concurrida y transitada.

La lluvia arreciaba y eran ya muy cerca de las diez. Mi ligera gabardina estaba mojada y yo ansiaba llegar a casa, tomar una ducha caliente y ponerme a ver la televisión con un vaso de vino en la mano izquierda y un cigarrillo en la derecha.

Dos individuos mal encarados cruzaron junto a mí y se alejaron hacia South Marcket después de dirigirme una larga y desvergonzada mirada.

Comencé a sentir miedo. La ciudad, después de las diez de la noche, se tornaba especialmente peligrosa. Por nada del mundo quería afrontar otro incidente como el ocurrido tres semanas atrás: un robusto jovenzuelo se lanzó sobre mí desde un callejón y desgarró mi suéter de un tirón brutal, antes de que yo consiguiese darle una contundente patada en la rodilla que le lanzó al suelo, gruñendo como un conejillo herido. A la joven señora Treacher, una de las profesoras que enseñaban conmigo en el colegio Granjer, la violaron entre cuatro vagabundos una noche, en las proximidades del lugar donde yo me encontraba ahora.

De repente, tomé la decisión de alejarme de allí. Apreté mi bolso con fuerza contra el pecho y corrí hacia la esquina de Kennedy Avenue, procurando no resbalar sobre la mojada y lisa acera.

Una sombra surgió bruscamente ante mí cortándome el camino. Frené en seco y estuve a punto de caer.

Ya estaba sacando mi spray anti-violadores cuando advertí que aquel hombre no demostraba intenciones agresivas. Estaba allí, sencillamente, extendiendo su mano derecha en actitud de súplica. Posiblemente no quería otra cosa que unos centavos para poder tomar un trago de whisky barato en alguna de las tabernas de Tunner Lane.

Fue el miedo y la sorpresa lo que me impulsó a buscar algunas

monedas, pues la verdad es que no me gusta dar limosna, aunque sea capaz de ayudar a una persona necesitada por otros medios menos humillantes.

De reojo, le eché una ojeada Vestía una mugrienta gabardina empapada por la lluvia y de su sombrero caían verdaderos chorros de agua. Pero sus facciones permanecían en la sombra.

Mi agitación volvía torpes mis dedos, pero al fin logré sacar algunas monedas de diez centavos y las puse en aquella mano chorreante.

Inmediatamente me separé del vagabundo. En aquel momento, un automóvil envió una ráfaga luminosa sobre su rostro y vi unas facciones barbudas y demacradas.

Volví sobre mis pasos lentamente y le miré.

—¡Dios bendito!—exclamé—. ¿Eres verdaderamente tú, Paul Halkin?

Escrutaba con gran interés aquel rostro famélico y envejecido y él inclinaba la cabeza hacia adelante con la intención de que el ala de su sombrero velara sus facciones.

—Márchese —dijo secamente. Y reconocí perfectamente su voz, aunque hacía mucho tiempo que la había oído por última vez—. Que me haya arrojado unos centavos, no le da derecho a hacer preguntas.

El exabrupto me dejó cortada. Pero mi curiosidad e interés se habían desbordado ya: yo no estaba dispuesta a marcharme por las buenas.

—No es preciso que ocultes tu rostro, Paul: te he reconocido —dije.

El me miró entonces. No había brillo en sus ojos ni el menor rastro de esperanza en su actitud.

—Sí, soy Paul Halkin. ¿Y qué? —la rudeza no era sino un medio de defensa—. Váyase. Se está mojando.

—Y tú estás calado, pobre amigo mío. —De repente me decidí —: Vamos, Paul, ven conmigo: tomaremos un trago juntos para evitar la pulmonía. Prometo que no voy a hacerte preguntas. No diré nada. Tomaremos un café caliente y un brandy doble. Luego te dejaré ir adonde quieras.

Por primera vez, él me miró rectamente. ¡Dios mío, qué hundidos estaban sus ojos y qué escuálidos eran sus hombros...!

Parecía increíble que el apuesto y atlético Paul Halkin hubiera llegado a tan miserable estado.

—Te he reconocido desde el primer momento —confesó. El viento sopló fuerte y los chorros que caían del sombrero bañaron su rostro barbudo—. Eres Carole Keith, ¿verdad?

—Sí y celebro que aún te acuerdes de mí, Paul. Te lo ruego,

acompañame: en una noche así una mujer sola se siente indefensa —pedí.

El vaciló.

—Te acompañaré hasta la esquina —dijo, monótonamente—. Lo mejor es que cojas un taxi. Hace un par de noches apuñalaron a un individuo para robarle veinte dólares.

Me estremecí.

¿Cómo era posible que un hombre como el arrogante Paul Halkin compartiera un rincón con maleantes y violadores?

Eché a andar a mi lado. No se acercaba mucho, como si temiera manchar mis ropas, con las suyas, raídas y sucias

Mientras caminábamos, cientos de preguntas se agolpaban en mi cerebro. ¿Por qué, por qué, por qué,...

Llegamos a la esquina con Kennedy Avenue. Seguía diluviando y había pocos coches a la vista, pero unos segundos después vi destellar bajo la espesa cortina líquida el intermitente de un taxi.

Grité fuerte para que su conductor me oyese y corrí a ponerme bajo la luz de un poste luminoso. Esto es importante pues un taxista rara vez se niega a recoger a una mujer.

¡Bendición del cielo! El coche acababa de detenerse junto a la acera y el taxista bajó un poco el cristal de su ventanilla.

—¡Vamos, Paul! —exclamé.

Halkin se había detenido a unos pasos de distancia. Aguantaba estoicamente la lluvia como hombre acostumbrado a soportar muchos relentes y aguaceros nocturnos, pero no parecía muy dispuesto a acercarse.

Tuve que volver hacia él. Detrás de nosotros, el taxista gruñía algo entre dientes.

—Te lo ruego, Paul. Acompañame —insistí. Y le tomé impulsivamente por el brazo. Bajo la empapada tela de la gabardina mugrienta no palpé otra cosa que un brazo esquelético, apenas hueso y piel. ¡Paul había sido campeón universitario de boxeo...!

El taxista me miró disgustado.

—¿Va a dejarse acompañar por ese tipo? —gruñó—. Usted parece una persona decente, pero ése...

—Cállese, por favor —dije. Paul había dado un claro tirón de retroceso al escuchar al taxista—. Es un amigo. No tiene que preocuparse. Además, le daré diez dólares de propina.

—Muy bien, allá usted. Suban.

Paul se resistía, pero finalmente me las arreglé para meterle en el taxi. Cuando me senté a su lado,, nuestros cuerpos estuvieron en contacto y entonces advertí que él estaba temblando.

¿De frío, de miedo, de... humillación?

—¿Adónde van? —preguntó el taxista, impaciente.

Vacilé. A Paul no le gustaría, seguramente, entrar en una cafetería lujosa y acogedora, y a mí no me hacía gracia meterme con él en una de esas tabernas frecuentadas por chulos y alborotadores,

—Calle Vernont, treinta y ocho —dije. Y el coche arrancó.

Me di cuenta de que tanto Paul como yo estábamos empapados hasta los huesos. Dentro del taxi, la temperatura era muy agradable y mi cuerpo reaccionó rápidamente, pero mi acompañante se estremecía a intervalos y tosía roncamente.

Saqué un paquete de cigarrillos, encendí dos y di uno a Paul, que lo tomó y chupó profunda y ávidamente.

No hice ningún comentario. Tenía la sensación de que, en cuanto mis labios se despegasen para hablar, sólo saldrían de mi boca palabras de piedad y de conmiseración. Y yo no quería humillar a aquel hombre derrotado.

Era alto, mucho más alto que yo, aunque tengo buena estatura. ¡Pero estaba tan flaco...!

Su sombrero seguía goteando y las gruesas gotas caían sobre las flácidas hombreras de aquella vieja gabardina, demasiado ancha para un hombre tan delgado. No pude evitar los recuerdos. Yo había admirado sinceramente a Paul Halkin en los tiempos en que él terminaba su carrera de ingeniero aeronáutico, cuando boxeaba en la Universidad y vencía rotundamente a sus adversarios por K.O. Era un hombre de una musculatura soberbia, equilibrada, perfecta. Y ahora...

Tampoco él decía nada. Fumaba y fumaba sin cesar, con un rictus avaricioso, mientras el taxi corría velozmente en dirección Norte.

Media hora después estábamos en Vernont Street. Pagué la carrera, añadí la propina prometida y deseen^ dimos. Caminaba ya rápidamente hacia el portal de mi casa, pues seguía lloviendo con fuerza, cuando me detuve: Paul aguardaba inmóvil en la acera, encorvado, soportando el aguacero.

—¡Vamos! —grité impaciente.

El separó los brazos con un ademán desolado.

—No vale la pena, Carole. Mi compañía sólo te traería problemas —dijo.

Volví hacia él, encolerizada.

—¡Por amor de Dios, Paul, soy bastante mayorcita para poder juzgar por mí misma lo que puede convenirme o perjudicarme! —exclamé, impacientándome. Llegué hasta él y, más serena, añadí —: De todas formas, eso podemos discutirlo bajo techado.

Me siguió, aunque de mala gana. De reojo, vi que sus viejas y rotas

botas expulsaban agua a cada paso.

Rápidamente, abrí el portal y entramos. Le empujé decididamente y entramos en el ascensor. El se apoyó rígidamente en el papel metálico y tosió secamente.

Pobre Paul. Parecía tan desvalido, tan desesperado.

—Dime, ¿qué hacías en la calle Hoover? —le pregunté con dulzura.

Alzó el rostro magro y enflaquecido y me miró con aquellos ojos castaños tan claros y descorazonados.

—Tenía una navaja en el bolsillo y estaba dispuesto a conseguir con ella algunos dólares —confesó.

Y mostró la navaja en la palma de su mano.

CAPITULO II

El agua que brotaba de sus botas había formado sobre el parquet pequeños charcos de agua sucia que Paul contemplaba con la expresión de un perro apaleado.

—No hubieras sido capaz de herir a nadie con esa navaja —dije, al tiempo que me libraba de la chorreante gabardina—. Siempre fuiste un hombre honrado y animoso, Paul.

El se encogió de hombros, indiferente.

—Todo eso pasó. Ahora no soy nada —murmuró.

La pregunta, candente, pugnaba por brotar de mis labios:

—Pero ¿por qué?

No la formulé, sin embargo. ¿Qué derecho tenía yo a hurgar en la intimidad de aquel hombre efe aspecto miserable?

Tenía, sí, el deber de ocuparme de él, *tenía* que ayudarle y nada más.

Crucé el salón de estar, giré el bar empotrado y serví brandy en dos copas «napoleón». Cuando volvía hacia Paul con las bebidas, él estaba mirando la estancia y sus muebles con un gesto indefinible.

—Es una bonita casa —dijo—. Se nota aquí la pincelada artística de la pequeña Carole Keith.

Bueno, yo me sentía un poco orgullosa de aquella casa y también del conjunto de los muebles que había logrado atesorar durante los últimos años. Pero me sorprendió mucho el comentario de Paul: parecía más relajado y natural.

Puse una copa en su mano, tan fría como el hielo, y él bebió el brandy de un solo trago. Su mano tembló en los últimos centímetros de recorrido hasta los labios y entonces comprendí la terrible verdad: era un alcohólico.

—Quítate esa gabardina. Te daré ropa seca. Guardo algunas prendas masculinas que te servirán, de momento. Si quieres saber por qué tengo esas prendas, te lo diré: era un «proyecto» de futuro. Se llamaba Ross McDrury y era muy guapo y galante. En realidad, vivía de las mujeres. En cuanto descubrí esto último, le puse de patitas en la calle. Me hizo una escena e incluso se mostró violento, pero se amansó en cuanto le amenacé con denunciarle a la policía. Salió huyendo con el rabo entre las piernas y jamás volvió. Incluso olvidó parte de su vestuario, ya lo ves —confesé, sin amargura.

Paul permanecía inmóvil, con la vacía copa de coñac en la mano. La cogí y vertí en ella un buen chorro de licor. Mientras bebíamos, busqué cigarrillos y fumamos.

El bebió de un solo trago y me entregó la copa.

—Ya está bien, Carole. Ahora me marchó —dijo.

Pero yo no estaba dispuesta a dejarle volver a la calle con la desesperación en el corazón y... una enorme navaja en el bolsillo.

—Es temprano y en el horno hay un enorme solomillo— dije rápidamente. Y comencé a quitarle la gabardina. Llevaba debajo un finísimo traje veraniego, manchado y desgarrado en la pernera y tan mojado como la gabardina—. Vete al baño. Te dejaré ropa al alcance de la mano.

Me separé de él, con la pesada gabardina chorreante, antes de que pudiera reaccionar.

—¡Carole...! —suplicó.

Me volví con violencia. Mi aspecto exterior frágil y delicado ha engañado frecuentemente a algunas personas.

—¡Haz lo que te he dicho! —exclamé enérgicamente, sin gritar—. No puedo olvidar, aunque te disguste, que estuviste pagándole el sueldo íntegro a mi padre cuando mi madre enfermó y él no podía asistir al trabajo. Tampoco puedo olvidar que nos entregaste cinco mil dólares para que mi madre ingresase en la Clínica Thornant, ni que, simulando pagas de beneficios, dejases en mano de mi padre frecuentes sobres llenos de dinero. No, Paul, no puedo olvidarlo. Tú hiciste muchas cosas buenas por los míos y yo no puedo dejarte ir como a un perro abandonado.

—No soy un perro —protestó.

—Evidentemente... aunque cueste mucho averiguarlo con la apariencia que tienes ahora mismo. Anda, ve al baño. Puedes afeitarte, si te apetece: mi «proyecto» de futuro también se dejó todo lo necesario para un afeitado. Yo iré preparando la cena. Por cierto: tengo una botella de jerez, ¿recuerdas?

Mi pobre amigo sonrió tristemente. Yo fui a la cocina y me desentendí de él, confiando en que no daría la vuelta y se marcharía... sin su andrajosa gabardina.

Volví al salón minutos después. Desde el pasillo oí un ligero rumor en el cuarto de baño: Paul estaba dentro. Corrí a mi alcoba, abrí un armario ropero y saqué una ropa interior que llevaba allí tres años. Agregué un pijama de franela, un batín abrigado y una gran toalla y lo dejé todo junto a la puerta del baño sobre un taburete de la cocina.

Poco después comprobé que él había cogido todos aquellos enseres y yo comencé a poner la mesa. La calefacción funcionaba perfectamente y el ambiente era cálido y acogedor.

Descorché el jerez y aguardé. Sonó la puerta del baño y Paul, tímido, apareció en el salón de estar. Tenía el cabello húmedo, pero se había peinado y afeitado. El batín le estaba un poco corto, pero tenía el pantalón del pijama debajo. Al verle descalzo, corrí a buscarle unas zapatillas.

Luego me miró y le sonreí.

—¿Quién será este desconocido? —exclamé, burlona. Y él también sonrió con un poco de ánimo.

Nos sentamos. Noté que Paul había captado el aroma fragante del asado y su fina nariz, indemne después de tantas peleas en el ring universitario, se distendía con ansiedad.

Serví el vino en dos bonitas copas de cristal tallado. Paul se tomó la primera copa en seguida, pero yo no volví a servirle: prefería con mucho que atacásemos el asado, de modo que trinché la carne y le serví un plato abundante. Comimos en silencio. Disimuladamente, le observaba con profundo interés. Miraba la ancha frente macilenta, los ojos hundidos, las oscuras bolsas bajo los párpados, los flácidos pliegues de las comisuras, los labios descoloridos, la cuadrada mandíbula descarnada, el delgado cuello, las manos temblorosas...

Sus miradas iban inevitablemente a la botella de jerez. Finalmente, tras vacilar un instante, se sirvió una nueva copa. Y luego otra y otra...

¡Pobre Paul Halkin! Fogoso adolescente pleno de vigor y de viril belleza, brillante universitario, excelente deportista, prestigioso profesional, hombre admirado, capaz de forjar una fortuna en pocos años. Y ahora ¿qué? Apenas un remedo de hombre, un guiñapo balbuciente y tembloroso.

Me miró. Había olvidado los buenos modales y deglutía grandes pedazos de carne sin apenas masticarlos, la grasa corría por su barbilla y él se limpiaba con el dorso de la mano, ignorando la preciosa servilleta de hilo que tenía al alcance de su mano.

De repente, recordé a Perla Jamison, la bellísima jovencita que había acaparado la atención de Paul cuando él comenzó a trabajar para la Rees Aeronautical Co. Yo era poco más que una niña en aquel tiempo, pero no se me pasaba por alto que Paul Halkin contemplaba a Perla con una expresión de intensa adoración, casi con devoción. La acompañaba siempre, la perseguía, la acosaba... cuando ella coqueteaba descaradamente con los guapos muchachos de la Universidad.

Al fin se habían casado. Fue la boda del año en nuestra gran ciudad. Naturalmente, Paul nos invitó, pero no pudimos acudir al banquete: mamá había fallecido víctima del cáncer un mes antes.

Y ahora... ¿dónde estaba la brillante y maravillosa Perla Jamison, es decir, Halkin?

Paul había dado cuenta de su plato y le serví más. Temamos también una ensalada rusa y una lata de salmón, todo lo cual fue devorando en silencio, alternando con frecuentes «viajes» a la botella de vino, del que apenas quedaban dos dedos, aunque yo

sólo me había servido la primera copa, todavía casi intacta.

Se le notaba ya el efecto del generoso jerez: sus manos temblaban menos y sus hermosos ojos dorados tenían un brillo del que carecían media hora antes.

—Ha dejado de llover —dije, para romper el silencio. (No absoluto, pues Paul masticaba ruidosamente.)

Me miró y cesó de masticar. Muy envarado, dijo:

—Lo siento. En el albergue donde solía comer no se guardaban los buenos modales. Bueno... supongo que habrás advertido que ya no soy el Paul Halkin que tú conociste.

Tragué saliva. ¿Qué podría responder, sin herirle?

—Eres Paul Halkin, un amigo, y eso me basta. Me gustaría que te sintieras cómodo aquí. Y puedes contar conmigo para todo lo que sea —para salir del paso, mis frases podían pasar.

Llenó su copa con los dos dedos de vino que restaban en la botella.

—Supongo que estarás esperando que te cuente una historia triste y sensiblera —tenía los ojos fijos en el plato, y parecía terriblemente desgraciado.

—No te he traído aquí para hacerte preguntas, Paul. Te vi y... mi corazón se estremeció...

—De piedad.

—De amistad y de agradecimiento —puntualicé, sin rencor—. En la familia de John Keith dejaste una honda huella, Paul. Te queríamos y te respetábamos. ¡Te debemos tanto...! Yo no hubiera podido terminar mi carrera sin la generosa ayuda que prestabas a mi padre. Y, fíjate, una ayuda absolutamente desinteresada.

Noté que él se estremecía. ¿Recordaba?

—Si, fueron buenos tiempos. ¡El viejo John Keith! El me enseñó todo lo que no puede aprenderse en los libros acerca de mi profesión— aun contra su voluntad, el tono de su voz era nostálgico—. No le devolví ni la décima parte de lo que él me dio. Tu padre era un gran hombre.

—Tú también lo eres —pronuncié, emocionada.

Me levanté para que él no viese mis ojos brillantes. Traje una fuente de macedonia de frutas, de la que él dio buena cuenta. ¡Pobrecillo...! Se diría que llevase un mes entero sin comer como es debido. Y además, ahora, se esforzaba en disimular su avidez por la comida.

Luego hice café, recogí la mesa y dije:

—Tengo un saloncito muy cómodo e íntimo, donde está el televisor. ¿Quieres que vayamos allí?

Tomé la bandeja del servicio del café y le guié a la otra habitación. El contempló un momento el amplio ventanal del

pequeño estudio y yo corrí las cortinas y nos sentamos.

Mi percepción femenina me dijo que Paul le estaba haciendo bien mi compañía. Parecía más sosegado, más dueño de sí, más natural en sus gestos y movimientos.

Empecé a hablar de cosas sin importancia y terminé refiriéndome a mi trabajo en el Colegio Granjer, a mis aficiones, a mis esfuerzos por prosperar y conseguir aquella casa.

—Terminaré de pagarla el próximo año —le dije—. Y espero que entonces ahorraré unos dólares para comprar un cochecito de ocasión. Me vendrá muy bien para trasladarme al Colegio y evitar que...

—... que un hampón como yo te dé un navajazo para robarte unos pocos dólares —pronunció él con dureza.

—No digas eso. Tú no eres un hampón, aunque no voy a negar que paso miedo cuando tengo que salir de allí de noche. Déjame que te cuente: cuando vine a vivir aquí, tuve conmigo a una compañera de trabajo. Le cobraba una cantidad irrisoria por compartir mi piso, pero aquel dinero me ayudaba a pagar cada letra mensual. Luego Virgie se casó y ahora vivo sola. Algunas noches tengo miedo, pero soy una mujer animosa y logro superarlo. No creas, soy capaz de defenderme bastante bien. Aprendí judo y siempre llevo un spray que...

Me interrumpí al ver que él no me prestaba atención. De repente todo su cuerpo estaba rígido y atento, como si escuchase algún rumor anormal.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Nada. Tengo que irme —respondió brusco.

Se había puesto en pie y dio unos pasos hacia la puerta, pero entonces reparó en su batín, en su pijama y en las zapatillas y se quedó inmóvil y confuso.

—Puedes quedarte aquí. Está el dormitorio de Virgie, dispuesto. Mariana veremos qué se puede hacer —dije.

De repente, él parecía intensamente impaciente, casi inquieto.

—El albergue de Saint Joseph se cierra a las diez y ya son casi las once —dijo sin mirarme— No puedo ir a dormir allí, pero hay un sótano en Welles Square. Basta con que le entregue a ellos un dólar para que me permitan entrar y pasar la noche allí. Tengo un dólar veinte centavos —se llevó la mano al bolsillo y, chasqueado, preguntó—. ¿Dónde pusiste mis ropas?

Me alcé, un tanto rabiosa.

—Las he metido en el incinerador —dije sin vacilar—. Eran una verdadera porquería y estaban inservibles. Pero mañana te compraré ropas decentes. Porque yo, Carole Keith, hija de John Keith, no voy a permitir que tú vayas vestido como un mendigo.

Es demasiado tarde para comprar nada, de modo que tendrás que quedarte aquí hasta mañana.

Paul dejó caer los brazos.

—No puede ser, pequeña Carole —sus ojos rehuyeron los míos—. ¡No puedo comprometerte!

—¿Comprometerme? —chillé—. ¡Tengo veinticinco años y soy absolutamente independiente y capaz de ordenar los actos de mi vida como me plazca!

Inopinadamente, él fue al ventanal y descorrió un poco las cortinas

Atisbo con ansiedad al otro lado, miró a la calle, volvió a correr bruscamente las cortinas y se apartó de allí.

Luego me miró fijamente y dijo:

—No me has hecho ninguna pregunta personal, Carole. Ni siquiera me has preguntado por mi esposa, a pesar de que ambas estudiasteis en la misma escuela superior. ¿No sientes curiosidad por saber qué ha sido de ella?

—Sí —confesé—. Pero no me pareció correcto meterme en tu vida privada.

Hizo un gesto vago con la mano derecha y tomó la taza de café que humeaba sobre la mesa.

—Eres una chica estupenda —pronunció, inexpresivo—. Pero creo que debes saber la verdad, Perla ha muerto: *yo la asesiné*.

CAPITULO III

Perla sorbía, golosa, un combinado a base de jugo de piña tropical.

Paul, que estaba consultando la guía de teléfonos, cerró el grueso volumen de repente, caminó hacia ella, se inclinó y la besó en el cuello.

—Tengo una idea estupenda, cariño —dijo el hombre.

—¿Mmmm?

—Pasaremos el fin de semana en Bear Lake, cazando patos —anunció con un gesto triunfal. Antes de que ella pudiese responder, le arrebató el vaso de las manos, probó un sorbo y arrugó los labios —, ¿Qué diablos es esto? Tiene un sabor horrible.

—Le he mezclado dos de mis píldoras adelgazantes

—dijo Perla, recuperando su vaso. Bebió el frío líquido hasta terminarlo y se volvió a mirar a Paul, que trataba de descorrerle la cremallera en la espalda—. ¡Oh, no, no, querido, nada de jueguecitos ahora! Tengo que acudir a casa de Barbra y Stella Grenski para fijar los detalles del festival pro-subnormales.

Paul acarició la espalda de su esposa. Pero sus dedos estaban rígidos y su respiración era más rápida y contenida.

—Pero, querida, yo me había hecho a la idea de que por fin podríamos gozar de un par de días en la soledad del lago, ¡ Dos días para nosotros, casi cincuenta horas de intimidad y de auténtico placer conyugal...!—protestó.

Fue al bar y se vertió una desacostumbrada cantidad de whisky.

—Me siento celoso de Barbra y Stella Grenski e incluso de los subnormales —exclamó, dolorido. Viendo que ella iba a protestar, se anticipó a sus palabras—. No, no, Perla: la razón está de mi parte, tú lo sabes. He sido generoso con vuestra asociación: en primavera os hice una donación de diez mil dólares. ¿No crees que yo también merezco tu atención?

Perla se puso en pie. Era una mujer maravillosa y ella lo sabía y se aprovechaba de las circunstancias.

Sus frescos brazos bronceados rodearon el cuello de Paul. Jugueteó luego con los crespos cabellos negros de su frente y finalmente besó los labios varoniles en una caricia leve y tibia.

—Tienes toda mi atención —susurró—. En cuanto termine el festival, estaré plenamente a tu disposición.

—Pero... durante todo un año has estado pendiente de la dichosa asociación —insistió él, tratando de retenerla entre sus brazos, pero ella escapó ágilmente dejando tras de sí el eco de una risita burlona.

Desde el otro lado del salón se volvió, junto a la puerta.

—De veras, amor mío —pronunció con voz pastosa y cálida—. Cuando termine el festival estaré constantemente contigo, en cuerpo y alma. Ahora... no puedo dejar colgadas a las hermanas Grenski... Sería injusto, puesto que ellas han puesto tanto esfuerzo e ilusiones en este asunto.

Paul adoraba a su esposa. Sentía por ella un amor sin límites y una devoción tan grande que... casi siempre cedía a sus caprichos. Aunque en esta ocasión se tratase de algo tan humanitario como una cuestación a favor de los subnormales.

—Está bien. Pero ¡te lo, juro! No permitiré entonces que nadie me robe un solo minuto de tu tiempo

—exclamó, fogoso

—Ni un solo minuto de mi tiempo —repitió ella plegando los labios en un mohín que conmovió a su esposo hasta la última fibra de su ser—. Hasta luego, cariño. Diviértete y no bebas mucho. Estaré aquí hacia las diez y media.

Tres minutos después, Paul vio como ella sacaba el pequeño «Alfa Romeo» del garaje. Y de repente recordó que no le había dicho a Perla que había tenido que dejar el «Pontiac» en un taller, pues se le había averiado camino de la fábrica aquella mañana. Ted Perkins, uno de sus ayudantes, le había dejado un «Mustang» descapotable para volver a casa.

¿Y qué importaba? Era un detalle sin importancia. Desde el gran salón, Paul vio maniobrar a su esposa con la habitual torpeza: dio marcha atrás, tropezó con el tronco de un abedul joven, metió otra marcha, pero no torció el volante y se fue contra la caseta del jardinero. Y luego...

La idea surgió de repente. ¿Por qué no seguirla hasta el local de la asociación, esperar a que terminase la dichosa reunión y sorprenderla a la salida con la perspectiva de una cena fuera de casa?

No lo pensó. Alegremente, tomó una cazadora y corrió a través del jardín hacia la calle. Un minuto después, conducía el «Mustang» de Ted Perkins en pos del «Alfa Romeo» de su esposa.

Empezó a preocuparse al comprobar que Perla no se dirigía al centro de la ciudad. Fleet Street, 211, ésa era la dirección que ella le había citado a menudo: era el local alquilado por la asociación para organizar sus reuniones y resolver todos los asuntos relacionados con festivales, cuestaciones, materia! de propaganda, etc.

El «Alfa Romeo» se dirigía —a velocidad excesiva, en opinión de Paul —hacia Rockson Wells, una población distante unos doce kilómetros.

Sorprendido y confuso, Paul se vio obligado a apretar el acelerador para poder seguir al vehículo que conducía su esposa. Diez minutos después, y antes de llegar a Rockson Wells, el «Alfa Romeo» se desviaba a la izquierda y tomaba un camino privado que terminaba en la casa de campo erigida sobre una colina, tres kilómetros más allá.

Al dar vista a la casa, Paul aminoró la marcha, frenó e hizo salir su coche fuera del camino hasta detenerse entre las frondas de un bosquecillo de fresnos. Desde allí pudo ver que el coche de Perla llegaba hasta la casa y se detenía. Perla bajó, confiada, ascendió una escalera de piedra, caminó por un airoso porche elevado, empujó una puerta y... desapareció.

Pasó el tiempo. Una hora, dos horas... Se había hecho de noche y Perla no volvía. Dentro del coche prestado, Paul se estaba formulando una pregunta detrás de otra. Y no tenía ninguna respuesta.

—Quizás unas amigas, una cita que recordó de repente— pensó—. No tuvo tiempo de advertirme, de explicarme...

Tonterías. Ella tenía que reunirse con Barbra y Stella Grenski, aquel par de elegantes cuarentonas, propietarias de una cadena de saunas-masaje. ¿Por qué, entonces, venía a aquella casa de campo cercana a Rock- son Wells?

De pronto, Paul comenzó a relacionar viejas ideas, remotos hechos, vagas percepciones que antes no le habían llamado la atención y ahora comenzaban a tomar especial importancia: las citas a la misma hora, la escasez de repercusión de las actividades de la asociación en las notas sociales de la prensa local, las reiteradas y prolongadas ausencias de Perla.

Paul Halkin era un tipo profundamente sentimental, pero también decididamente inteligente y realista.

—Bien —se dijo con amargura—. Tendré que hacerme a la idea de que Perla me es infiel.

Pero ¿con quién, por qué...? ¿No era él un marido entregado, apasionado, excelente amante, profesional prestigioso, rico...?

Se preguntó, obsesionado, qué motivos podría tener Perla para entregarse a otro hombre. Pero por más que hurgó en sus recuerdos más recónditos, no halló ningún motivo plausible para justificar el desvío sentimental de su esposa.

Poco a poco, la idea se fue afianzando en su ánimo:

—De cualquier modo, tengo que comprobar la verdad. No debo esconder la cabeza en tierra como los avestruces. Debo saber la verdad.

Muy cerca de las nueve de la noche, abandonó el coche y tomó el camino que ascendía hacia la casa de la colina.

Escondido tras el grueso tronco de un roble, atisbo la casa. Era una bella construcción de piedra y techumbre de pizarra, con amplias caballerizas y garaje. La casa de campo propia de un millonario.

Hasta su oído llegó el sonido de un ritmo dulzón, mezclado con risas y chillidos burlones.

Avanzó despacio, con la sensación de que estaba haciendo algo prohibido. Ascendió los peldaños de madera, caminó sobre el piso del porche, se acercó a la soberbia puerta de roble tachonada y la empujó: estaba cerrada. A través de las ventanas brotaba una luz difusa, pero los ventanales, estaban cubiertos por cortinas y no pudo ver nada.

Rodeó el edificio. Pasó junto a las caballerizas y llegó a la parte posterior. Una puerta enrejada... Había luz al otro lado. La empujó y se encontró en una inmensa cocina, acondicionada con excelentes y caros muebles de madera.

Siguió adelante, decidido a todo. Y de repente tropezó con aquella mujer. La doncella, una señora de unos cincuenta años, que exhaló un débil gritito al chocar contra el hombre.

—¿Quién es usted? —la mujer estaba a punto de gritar.

—Cállese —susurró Paul. La tomó por un brazo, la metió en la cocina y cerró la puerta—. No soy ningún ladrón. Me llamo Halkin, Paul Halkin. Y sé que mi mujer está aquí.

Había metido la mano en el bolsillo de su cazadora y cerrado el puño con un dedo adelante de forma que simulara el bulto de una pistola.

—Quiero sorprender a mi mujer con ese individuo, ¿entiende? —la doncella asintió, aterrada—. Y usted va a comportarse bien: se quedará aquí, quietecita, y no dirá una sola palabra. O...

Avanzó expresivamente el bulto de su mano en el bolsillo y la miró fijamente.

—¿Está dispuesta a colaborar? —susurró.

La mujer asintió, tan asustada que era absolutamente incapaz de pronunciar una sola palabra.

La soltó, abrió la puerta, la cerró a su espalda y salió al pasillo. Se encontró en un amplio vestíbulo adornado con trofeos de caza. Había una preciosa escalera de caracol de hierro y madera que ascendía al piso superior. Era de allí de donde provenía el rumor de la música y las risas.

Avanzó, tembloroso. Subió,

Atravesó un inmenso salón-estudio, siguió pasillo adelante. A cuatro metros de distancia estaba la puerta de la alcoba de la que provenían las notas dulzonas y sincopadas de un mambo.

Vaciló durante unos segundos. ¡Dios bendito, y qué amargo era

enfrentarse a la realidad! ¿Sería capaz de afrontar la escena? Se la imaginaba perfectamente: *Perla, desnuda, revolcándose con un tipo desconocido*, ¿O no tan desconocido?

Dio unos pasos hacia adelante, asomó la cabeza... Y la sangre se enfrió en sus venas.

Allí estaba la magnífica Perla. Desnuda, sí. Pero no había ningún hombre con ella. *Eran dos señoras de unos cuarenta años, igualmente desmidas*. Eran Stella y Barbra Grenski.

CAPÍTULO IV

Perla, la maravillosa e ingenua Perla Halkins no se inmutó siquiera. Las otras dos sí: en cuanto le vieron, se pusieron a chillar como comadreas y se apresuraron a cubrirse con la sábana.

—Bueno, al fin te has enterado —los labios de Perla se plegaron en aquel mohín encantador que tanto gustaba a Paul— Me sorprendes: imaginé que podría seguir engañándote siempre.

—Así que eres lesbiana...—murmuró Paul, secas las fauces.

Ella lanzó una risita y las atildadas hermanas Grenski la secundaron.

—Puedes llamarme así o de la forma que prefieras, Paul. ¿Qué más da? —respondió Perla, indiferente. Y jugueteó con los ricitos rubios de Stella Grenski.

Paul no fue capaz de soportar aquella escena. Profundamente trastornado, dio media vuelta y huyó. En la escalera tropezó con la doncella y ambos rodaron hasta el vestíbulo. La mujer murmuró algo ininteligible, Paul buscó el camino de la cocina y escapó.

Eran poco más de las diez cuando se detuvo en The Big Drink, un restaurante-club de carretera en las afueras de la ciudad. Muy nervioso pidió un whisky doble y sin agua y se lo bebió lentamente mientras fumaba un cigarrillo tras otro.

—Perla... ¡Dios mío! —murmuraba de cuando en cuando.

Volvió a casa. Pensaba que posiblemente Perla, por respeto humano, no iría a dormir aquella noche al hogar, pero se equivocó.

Poco después de las once, Paul escuchó el escape ruidoso del «Alfa Romeo» y vio los halos luminosos que se estrellaban contra la fachada de la residencia.

Un momento después, Perla estaba ante él. Había recompuesto su peinado y su maquillaje; aparecía tan guapa y cautivadora como siempre, pero algo en su actitud había cambiado: no fingía. Sabía que sería inútil, por otra parte, y había decidido ir derecha al asunto.

El había bebido mucho y estaba dispuesto a hablar claro, pero al verla en el vestíbulo, tan bella y deseable, sintió que se le rompía el corazón. .

—Perla... ¿por qué me has hecho esto? —exclamó, dolorido.

Ella pasó junto a él dejando tras sí una estela de suave perfume. Pasó tras la barra del bar y se sirvió un jugo de piña con ron y hielo.

—¿Por qué? —preguntó a su vez, aguardando a que el hombre rompiera en reproches. (Sabía que cuando él empezase a quejarse, sería más fácilmente dominable.)

Paul esbozó un gesto amargo. Luego bebió un largo trago de whisky y encendió el enésimo cigarrillo, tras lo cual se dejó caer

pesadamente sobre un sillón.

Se tomó unos segundos para poner en orden sus ideas. ¡Había tantas cosas que pensar, que poner en claro...!

—No puedo comprenderlo, Perla —dijo, al cabo, con voz profunda y reflexiva—, Yo te amaba tiernamente, te pertenecía por completo... Puedo entender y asumir tu desviación sexual. Pero si tú sabías que eras así, ¿por qué te casaste conmigo?

Ella apoyó un codo en la maciza barra de roble con estudiado ademán.

—¿Por qué, preguntas? Mi pobre Paul, tú conoces los prejuicios y limitaciones de nuestra sociedad. Reflexiona... ¿Qué hubiera sido yo si todo el mundo supiera que estoy liada con las hermanas Grenski? Me despreciarían abiertamente, me marginarían sin remedio... En cambio, siendo la esposa del guapo y prestigioso ingeniero Paul Halkin, gozo de excelente reputación y tengo la gloria de la celebridad. ¿Lo comprendes ahora? Yo te necesitaba. *Eras una excelente coartada.*

—Una tapadera —dijo él, con amargura.

—Algo así —admitió ella de buen grado—. Las mujeres me envidiaban, yo disponía de una casa tan lujosa como ésta y... gozaba de libertad mediante la asociación pro subnormales.

Paul se puso en pie. ¡Cuánto le costaba realizar aquel sencillo movimiento...! ¡Sus piernas pesaban como el plomo!

—Ahora me doy cuenta, Perla. Eres profundamente egoísta. Sólo te importas a ti misma. Lo demás...

—No es preciso tomarse las cosas por la tremenda, Paul —intentó fruncir los labios en aquel encantador mohín, pero lamentablemente no le salió—. Las cosas pueden continuar igual... con tal de que tú me permitas cierta libertad.

—Libertad para reunirse cuando se te antoje con las asquerosas hermanas Grenski —dijo él, tembloroso.

—Sí. Aunque yo no las trataría tan despreciativamente. Son elegantes, amables, sofisticadas y... muy ricas. Mantienen a miles de personas y gozan de amistades muy importantes. Su opinión pesa mucho en esta ciudad y en todo el Estado. Harold Gray, el comisario general, es un primo lejano de ellas, pero íntimamente unido por intereses y negocios. Son amigas de la esposa del gobernador, del senador Callaham, del ayudante del fiscal del Estado y tienen importantes amistades en Washington y Nueva York. ¿Para qué cansarte? Son personas influyentes y consiguen todo lo que quieren. Vale la pena contar con su confianza.

—Ya —Paul volvió a beber y encendió otro cigarrillo, aunque el anterior aún ardía sobre el cenicero—. Supongo que esto es el final. No puedo decir que no voy a sentirlo. Perla, pero dadas las

circunstancias...

—¿Él final? ¿Qué quieres decir, querido? —Perla se había separado del mostrador de roble con un leve empujón de la espalda y se aproximaba a él con el vaso en la mano.

—El divorcio, por supuesto. No imaginarás que voy a compartirte con las hermanas Grenski... Eso sería superior a mis fuerzas. Espero que no tendrás ningún inconveniente en acceder al divorcio. Cuando nos presentemos ante el juez, cargaré con todas las culpas. Partiremos los bienes a medias y luego...

Se interrumpió bruscamente al escuchar la irónica carcajada de su esposa.

—¿Divorcio? —exclamó ella, divertida—. ¡Oh, no, no, querido Paul! ¡Ya te dije que tú eras mi coartada! Y no quiero prescindir de ti.

Paul se puso en pie violentamente y el vaso se derramó sobre la mesa de mármol, rodó, cayó y se estrelló contra el suelo.

—¿Es que no tienes vergüenza? —la increpó, sin tocarla—. Eres una lesbiana. Bien. Coge tus cosas y márchate con las Grenski. Yo organizaré mi vida sin ti. No quiero suplicar, llorar, lamentarme... No voy a darte ese gusto. Pero quiero el divorcio. —Se interrumpió y jadeó, tembloroso—. ¿Qué te propones? ¿Crees que voy a soportar una unión que sólo te conviene a ti, después... después? —su resistencia emocional falló de repente y un sollozo subió violento de su pecho—. ¿Después de que me has humillado y engañado? Ni lo pienses —se rehízo con un esfuerzo—. Exijo el divorcio.

Perla se dejó caer sobre el largo diván modular y estiró brazos y piernas perezosamente.

—No habrá divorcio —dijo luego, fríamente—. Digamos que si yo te he decepcionado, también he tenido que soportar tus torpes besos, tus caricias y tus constantes exigencias sexuales. Todo ello me repugnaba, pero lo soporté. Por tanto, estamos en paz. Seguiremos como estamos. Eres libre de relacionarte con cuantas mujeres quieras. Tú serás libre y yo lo seré igualmente.

Paul se acercó a ella paso a paso, se sentó sobre el borde del diván y acarició con suavidad el tino cuello de su esposa.

—No —dijo—. Para mí ya no vales nada. Por tanto, quiero librarme de ti y ser auténticamente libre.

—¿Cómo crees que vas a conseguir el divorcio? —preguntó ella, indiferente. Y probó un sorbo de su vaso.

—Sé que va a dolerme obrar así, pero un día u otro tendrás que volver con esas... mujerzuelas. No me será difícil obtener pruebas.

Perla se irguió de repente. Con tanta violencia, que su vaso salió despedido bajo los sillones que completaban el estrado

próximo al ventanal.

—Muy bien. Haz eso. Inmediatamente tendrás aquí a los agentes del Board of Narcotics. La casa está llena de cocaína. Hay cientos de kilos, repartidos y escondidos por todas partes y... *sólo yo sé dónde están*. También hay más de doscientos kilos en el hidroavión. Y en tu coche. Y en el mío. Y bajo el césped. Y en el sótano. Y en la biblioteca —hizo un alto para recuperar la respiración, separó la mano de su esposo y añadió—: Si te empeñas en conseguir el divorcio, te pudrirás en la cárcel.

Paul se alzó de un salto. Y rompió a reír como un loco.

—¿Cocaína, centenares de kilos de cocaína? ¿Cómo puedes ser tan estúpida como para intentar convencerme con una historia como ésa...?

Calló de repente. Estaba pensando en las docenas y docenas de viajes a Bolivia a bordo de su hidroavión Cessna bimotor. Perla parecía enamorada de aquel país sudamericano y le obligaba cada dos o tres semanas a emprender un vuelo que, curiosamente, siempre terminaba en una laguna del río Piray, en el departamento de Santa Cruz. ¿Santa Cruz? ¿No era sinónimo de plantaciones de coca, de clandestinos laboratorios para extraer la cocaína en lo más profundo de la selva...?

Paul se separó de su esposa y fue al bar. Buscó a tientas la botella de whisky, tomó un vaso y se sirvió.

Cuando iban a Bolivia, Perla se empeñaba siempre en que amerizaran en la laguna del Piray. El Ford-Pick-Up de un amigo venía a buscarles y les llevaba a la ciudad, donde los Velarde poseían un verdadero palacio. Allí todo eran agasajos, sonrisas, fiestas, bebidas, facilidades...

Lo curioso es que Perla se cansaba en dos días de estar en Bolivia. Invariablemente, dos días después de llegar estaba ya fatigada y le urgía para que emprendieran el regreso. Y luego el amerizaje en Bear Lake, California, en lugar de descender sobre la Base de Hidroaviones de Fort Latino.

¿Qué había estado haciendo ella? La respuesta era tan cruda y clara que Paul se sintió abrumado. Así que sus caprichos no eran tales caprichos y que se trataba, lisa y llanamente, de un contrabando de drogas a gran escala.

El Cessna bimotor podía transportar fácilmente una tonelada de carga, de modo que...

Perla se puso en pie y se reunió con él, Apoyó una mano en su hombro y trató de besarle, pero Paul apartó el rostro.

—Como quieras —murmuró ella, con voz pastosa—. Pero ahora ya sabes a qué debes atenerte.

Y se fue a dormir.

Por supuesto, Paul no durmió en toda la noche. Permaneció en el estudio, consumiendo un whisky tras otro y llenando los ceniceros de colillas. Muy cerca del amanecer, completamente rendido y borracho como una i cuba, se arrastró hacia la alcoba conyugal. Perla estaba allí, dormía completamente desnuda y parecía fresca como una rosa y tranquila como una niña inocente.

Paul pronunció una maldición y fue a dormir a una de las habitaciones de los invitados.

Despertó al mediodía con un terrible dolor de cabeza. Dando traspies como un borracho, fue al baño, se metió bajo la ducha fría y permaneció allí hasta que empezó a tiritar. No es que se sintiera demasiado bien, pero el dolor era ahora más soportable.

Y bruscamente volvieron los recuerdos de la jornada anterior. Se dejó caer en un sillón y meditó. ¿Cuál era encamino a seguir? Decidió que sólo podía elegir uno: el divorcio. Y, para ello, nada mejor que ponerse en comunicación con Wilson Jacobs, su abogado.

Bebió medio litro de leche fría y recorrió la casa en busca de su esposa. Perla se había marchado. Tanto mejor.

Telefoneó a Jacobs y habló largo y tendido hasta que el abogado le interrumpió.

—Comprendo. Así que quieres el divorcio por encima de cualquier otra consideración.

—Sí. Obtendré las pruebas. También pienso ponerme en contacto con Bob Fireman, del Board of Narcotics. Es un buen amigo y un hombre honesto. Sé que me ayudará —dijo Paul.

—Perfectamente. Avísame cuando desees que comience a actuar. Tú darás la señal de partida.

—Gracias, Wilson. Te avisaré en cuanto tenga algo concreto.

Ya estaba dado el primer paso. Ahora había que seguir adelante sin desmayar. Iba a ser difícil, ¡tan difícil!, pero Paul Halkin llegaría hasta el final.

No tenía apetito, pero fue a la cocina y tomó un desayuno sustancioso, pues suponía que en las jornadas siguientes iba a ponerse a prueba su resistencia física.

Después llamó por teléfono a Rupert O'Brien, director de Rees Aeronautical Company, y le hizo saber que había surgido un problema imprevisto que le impedía asistir ese día a la fábrica. Como era jueves, O'Brien le disculpó de buena gana.

Llamó después al taller mecánico donde estaba su «Pontiac» y le dijeron que podía recoger su coche en seguida. Elio supuso una nueva llamada a su ayudante, Ted Perkins, para rogarle que recogiera su «Mustang», que estaba aparcado en un estacionamiento próximo,

Vestido ya, se disponía a salir de casa, cuando volvió sobre sus pasos y comenzó a registrar los muebles, el sótano, el jardín, la caseta del jardinero, el desván...

Media hora después, fatigado y sudoroso, se daba por vencido. ¿Era posible que Perla le hubiera engañado con el único fin de retenerle desesperadamente...?

—No —se respondió—. Debe haber algo de verdad en lo que dijo.

Naturalmente, un kilo de cocaína vale una fortuna. Y varios kilos, un verdadero dineral. Era lógico, pues, que los alijos estuvieran bien escondidos. Ahora no tenía tiempo de buscar a fondo, pero no importaba: Bob Fireman disponía de hombres y perros especializados en tales menesteres.

Sin embargo, lo más importante era localizar a Perla y obtener pruebas en las que basar una demanda de divorcio. Paul había tomado una pequeña cámara fotográfica muy sensible y estaba dispuesto a sacarle lodo el jugo posible.

Salió a la calle y tomó el autobús hasta la esquina de la calle Fox. Desde allí, sólo había cinco minutos a pie al taller donde estaba su coche. Llegó allí, le echó un vistazo, entregó su tarjeta de crédito y salió conduciendo el magnífico automóvil gris plata,

¿Adónde habría ido Perla? No había que ser Einstein para calcular que ella se había apresurado a reunirse con las hermanas Grenski para cambiar impresiones sobre los propósitos de Paul Halkin. ¿Estarían las dos hermanas complicadas en el asunto de las drogas?

—¿Y por qué no? —se dijo—. Esos lujosos establecimientos de sauna-masajes son lo más a propósito para hacer un negocio de ese estilo. Sus clientes son gente caprichosa y adinerada: justo el tipo de personas que pueden consumir drogas caras.

No podía negar que se sentía muy triste y deprimido. Saber que Perla le había engañado, que jamás le había amado, que sólo le había utilizado como «coartada» era muy duro. Pero las cosas no tenían otra solución que la que él se proponía abordar.

En una cafetería de Old Village hizo varias llamadas telefónicas. Llamó a algunos conocidos, a dos o tres amigos con los que Perla y él tenían relación. Deformando la voz, indagó el paradero de su esposa, pero sus gestiones no fueron fructuosas.

Comió un bocado en la barra y volvió a telefonar, un par de horas más tarde. Pero ahora ya tenía una idea fundamental para localizar a Perla.

Marcó el número de la asociación pro-subnormales y esperó.

—Martha Gates, secretaria de la asociación. Dígame.

—Ejem... Verá, no sé si me recordarán: soy Ira Foster. Estuve encargado la primavera pasada de organizar la tómbola de los

boy-scouts, ¿recuerda?

—¡Desde luego! ¿Cómo podríamos olvidarle, querido señor Foster? Consiguió recaudar usted siete mil doscientos dólares La asociación le guardará eterno agradecimiento, señor Foster. Pero, por favor, dígame, ¿qué desea?

Paul fingió una tosecilla bronquítica, pues conocía perfectamente al verdadero Ira Foster.

—Ejem... Discúlpeme, ¡esta maldita bronquitis! Bueno, he tenido una buena idea, señorita Gates. Tengo algunas acciones en el negocio del petróleo y acabo de cobrar les dividendos. Quisiera entregar... ¡ejem!, tres mil dólares a la asociación. Sí, eso es: tres mil dólares.

—¿Tres mil? Es usted muy generoso, señor Foster, Dios le bendiga. Y yo le doy las gracias en nombre de nuestros pobrecitos subnormales. ¿Cómo quiere hacer el ingreso? ¿Talón, ingreso a nuestra cuenta o en metálico?

—En metálico —respondió Halkin—. Hum, verás: guardo verdadero reconocimiento a las señoritas Grenski y a la señora Halkin y me gustaría entregarles a ellas el el dinero en propia mano.

—Nada más fácil. Las tres se encuentran aquí ahora mismo. Están presidiendo una reunión del comité, pero les advertiré y estarán aguardándole. ¿Va a venir ahora, señor Foster?

—Sí, si no les causo molestia.

—¿Molestia? De ninguna forma, señor Foster. Puede venir dentro de media hora. Le estarán esperando.

—Mil gracias —pronunció Halkin. Y se despidió con una tosecilla rebelde, muy bien imitada.

Paul se encaminó sin prisas hacia Fleet Street. Por supuesto que no pensaba entregar tres mil dólares a aquella asociación benéfica que, posiblemente, no sería otra cosa que una tapadera que encubría negocios inconfesables. Ni siquiera pensaba abordar a Perla allí dentro. Lo único que le interesaba saber era que ella estaba allí. Esperaría, pues, en algún lugar discreto, próximo, y la seguiría. Después, todo dependería de la suerte.

Dejó el coche en un lugar discreto de Green Square y estuvo curioseando por los alrededores sin perder de vista el edificio número 211 de Fleet Street.

De repente, se le ocurrió la idea al curiosear en el escaparate de una armería. Si las cosas iban mal, lo mejor era estar prevenido. Decidió, pues, adquirir una pistola. Disponía del permiso de armas, pero su viejo revólver no funcionaba ya y lo había desechado.

Se decidió rápidamente por una Walter, calibre mágnun, con

cargador para diez balas. Pagó con la tarjeta de crédito y salió inmediatamente.

A las siete de la tarde, el «Cadillac» de Stella y Barbra Grenski abandonaron la sede de la asociación pro subnormales. Un minuto después salía el «Alfa Romeo» de Perla.

Cada uno de los coches partió en una dirección distinta. Paul corrió hacia su «Pontiac» y siguió a Perla a cierta distancia. No le importó que ella atravesase la ciudad y tomase la autopista Nordeste, eso podría ser una finta por si alguien la seguía, pues en cualquier momento ella podría cambiar de rumbo y dirigirse al «nidito de amor» de la casa de campo próxima a Rockson Wells.

Se había hecho de noche y Paul aumentó la velocidad para no quedarse rezagado. Súbitamente los pilotos del «Alfa Romeo» fulgieron en rojo y el pequeño vehículo deportivo frenó brutalmente.

Paul, que se había distraído un segundo, se vio obligado a hundir el pedal de freno a fondo. El «Pontiac» derrapó en la cuneta y se detuvo a un palmo del automóvil de su esposa.

Perla se asomó por la ventanilla, sonrió y dijo, burlona:

—¿Venías siguiéndome, querido?

Paul se mordió los labios, rabioso. Pero ella empujó la portezuela y salió. Paul vio cómo sacaba un cigarrillo y lo encendía. Luego se recostó sobre la valla metálica de protección que salvaba el desnivel sobre el Wild River, cuyas aguas rojizas se agitaban tumultuosamente allá abajo, treinta metros por debajo de la autopista.

—Acércate —invitó ella, siempre sarcástica—. Si tenemos que hablar, hablemos.

Siempre dueña de sus actos y dominando la situación, eternamente inalterable.. Fumaba, tranquilamente acodada en las bandas de la valla, cuando él se acercó.

—Apuesto a que traes tu cámara japonesa en el coche— dijo ella, con la sonrisa bailando en los frescos labios—, Apuesto también a que piensas denunciarme a los del Board of Narcotics,

Era endiabladamente sagaz. ¿Cómo diablos había conseguido averiguar sus intenciones?

—Sólo te denunciaré si tú sigues empeñada en negarte al divorcio —dijo él, esforzándose en mantener la serenidad.

—Es curiosa tu manía por el divorcio, querido —le arrojó una bocanada de aromático humo al rostro. ¿Tabaco con cocaína? La nariz de Perla estaba siempre congestionada como las de los «esnifadores» del polvillo de la droga—. Desde luego, no pienso separarme de ti, Paul. Es más: estoy dispuesta a hacerte una propuesta.

—¿Una propuesta?

—Sí. Nos convendría reanudar los viajes a Bolivia Pero ahora percibirás cien mil dólares netos por cada cargamento que llegue intacto al Bear Lake.

Paul se separó de ella violentamente.

—¡Maldita seas! —rugió—. ¿Es que no me has hecho ya bastante daño? Perla, eres un monstruo... ¡Creo, creo que mereces la muerte!

Ella rió locamente. Sus blanquísimos dientes brillaban como perlas al resplandor de los pilotos de su coche.

—¿Tú? ¿Tú serías capaz de matarme? ¡Estúpido! ¿Cómo puedes decir tal cosa? ¡Sólo eres un cobarde! ¡Gime llora, lamentate como una mujerzuela! ¡Es lo único que,sabes hacer!

Paul sacó lentamente la pistola de su bolsillo. La montó y oyó claramente el chasquido de una bala al entrar en la recámara. Luego avanzó despacio. Sus ojos tenían un brillo peligroso y sus dientes rechinaban.

—Creo que es la única salida digna —rezongó. Pero él sabía a fondo que jamás sería capaz de apretar el gatillo.

Perla saltó sobre él de improviso.

—¡Idiota! ¿Qué vas a hacer? ¡Guarda esa...!

Todo sucedió en una décima de segundo. Ella alzó una mano y le golpeó en el rostro; Paul la empujó contra la valla y ella le arañó y forcejeó tratando de arrebatarle la pistola.

Luego sonó el disparo. Perla gimió y le soltó bruscamente. Su espalda golpeó contra el borde de la valla, vaciló y... desapareció en la oscuridad.

También Paul gritó al comprender lo que acababa de suceder. Luego impulsivamente se asomó por encima de las bandas metálicas y avizó en la densa profundidad. No se oía nada: sólo el sordo rumor de la corriente que golpeaba contra el talud allá abajo.

Fuera de sí, retrocedió, desalentado. ¿Qué debía hacer? Perla había recibido un balazo en el pecho y luego había caído al río desde treinta metros de altura. Si no se había estrellado contra algún peñasco, ¿qué probabilidades de sobrevivir tenía?

Locamente recorrió la valla, buscando un acceso por el que descender hasta la orilla del río. Pero no lo halló: el Wild River se extendía kilómetros y kilómetros hacia el suroeste junto a los cortados rocosos.

De repente, sintió pánico. El no había querido disparar, en realidad sólo pretendía asustarla, borrar aquella odiosa sonrisa de superioridad de sus labios. Pero ella...

¿De qué valían las lamentaciones ahora? Se presentaría a la

policía, contaría la verdad. Si hablaba del negocio de la cocaína, tal vez aquello influyera en su favor.

Guardó la pistola y volvió rápidamente al coche.

Un fogonazo le deslumbró. Y otro y otro... Ya iba a tirarse al suelo temiendo que estuvieran disparándole, cuando cayó en la cuenta de que sólo eran disparos... de flash.

No había advertido que un tercer coche se había detenido en la explanada semicircular situada en la curva. El automóvil era un gran «Cadillac» negro. Dentro había dos señoras: cuando se acercó, pudo establecer que se trataba de Stella y Barbra Grenski.

Stella, la más joven, tenía una cámara fotográfica en las manos. Paul intentó arrebatársela de un manotazo, pero la mujer la retiró rápidamente. Entre tanto Barbra —un poco más gruesa, un poco mayor que su hermana— sacó una preciosa pistolita niquelada y le encañonó.

—Cálmese, Paul. Lo hemos visto todo —pronunció con voz helada la mayor de las hermanas—. Lo hemos visto todo. Cómo disparaba contra Perla, cómo caía ella al río y Stella ha sacado estupendas fotos...

Paul se atragantó.

—¡Malditas sean las dos! —rugió.

—Conservemos los modales, por favor —imploró Stella, uniendo ambas manos en una ridícula actitud de súplica—. Vera, nosotras no queremos perjudicarlo. Perla ha muerto y usted sabe algunas cosas que pueden perjudicarnos. Cállese y nosotros callaremos. O en caso contrario...

CAPITULO V

—Tengo la garganta seca —dijo Paul, fatigado—. ¿Puedes darme algo de beber?

Había bebido demasiado, pero yo no me sentí con ánimos para negarle nada. Fui al frigorífico y traje una botella de flojo champán de California. Paul hizo un gesto al ver la botella, pero se tomó dos copas sin rechistar.

Tomó uno de mis cigarrillos, lo encendió y aspiró el humo lentamente.

—Perla tenía razón: soy un cobarde —confesó con voz vibrante—. Tuve miedo de ir a la cárcel y... callé como si fuera culpable, Bebía como un animal y perdí todo el sentido del honor. Una noche llamé a O'Brien y le dije que no me esperara más, que me despedía de mi empleo. Luego, ellas se encargaron del resto...

—¿Ellas?

—Barbra y Stella Grenski. Unos días después vinieron a verme. Me mostraron un fajo de facturas. Eran cuentas de vestidos, de joyas, de chucherías adquiridas por Perla. Me dijeron que ellas le habían adelantado el dinero. Y era verdad, según el documento que me mostraron. En resumen: se quedaron con mi dinero, con mi casa, con mi avión, con mi coche...

Paul calló, abatido. La ceniza del cigarrillo se le cayó sobre el pecho y él esparció el polvo de un seco manotazo.

—Antes de abandonar mi casa, llamé a Bob Fireman y le dije algo acerca de mis sospechas sobre la existencia de alijos de cocaína. Estaba desesperado, tanto me daba ir a la cárcel como que me metiesen unas onzas de plomo en el cuerpo. Perla había muerto, y yo me sentía mortalmente vacío. ¡Al diablo con todo, entonces! Fireman me creyó, llevó una brigada especializada a mi residencia, pusieron todo patas arriba y finalmente me dijeron que allí no había ni un gramo de cocaína y se fueron despotricando. Cuando Fireman se marchó, puso una mano en mi hombro, movió compasivamente la cabeza y dijo: «Paul, bebes demasiado». Y se fue.

Paul puso la copa ante mí para que la llenase. Serví champán en la suya y en la mía y bebimos.

—¿Y después? —me atreví a preguntar.

—Averigüé algunas cosas. Sé que las hermanas Grenski sólo son un par de ruedecillas en el mecanismo de la organización. Hay personajes famosos, conocidos, honorables... sobre el papel. Me vieron meter la nariz en el asunto y enviaron a unos matones que me dieron una paliza mortal. Me rompieron una docena de costillas, el brazo derecho, la clavícula... Me costó casi seis meses

de hospital. Cuando salí, tenía tanto miedo que me alejé de esta ciudad durante algo más de un año. Al cabo volví, ignoro por qué. Y comencé a buscar un empleo. Me daba lo mismo: algo que me permitiera comer cada día. Pero me habían puesto en la «lista» y todos me rechazaron. Finalmente, empecé a mendigar. Así sigo. —Me dirigió un furtivo vistazo—. Te doy lástima, ¿verdad?

—Siento compasión y afecto, Paul —dije con valentía—. Escúchame, papá y mamá murieron ya y nada pueden hacer por ti, pero yo estoy viva y tengo el deber y la voluntad de ayudarte. No puedes seguir así, Paul.

Se pasó una mano por la pálida frente.

—Suponía que antes o después dirías algo semejante. Eres una buena chica, Carole, pero mi caso no tiene solución: estoy terminado —dijo, alzándose de hombros.

La palabra subió impetuosamente a mis labios: «¡Cobarde! », pero en los labios, afortunadamente, se quedó.

—Me he degradado hasta límites inconcebibles —siguió él, con voz monótona, como quien repite algo archisabido—. He vendido algunos «porros», hasta que dejaron de suministrármelos porque no se fiaban de un borracho como yo, he hecho de alcahuete por cinco dólares, me he acostado con pelanduscas que cualquier hombre decente rehuiría, he dormido bajo una manta comida de piojos, he...

Yo le escuchaba sin ganas. Me repugnaba oír aquellos horrores, pero... era su vida, era la confesión simple y pura de todas sus flaquezas. Y al fin y al cabo era un hombre.

—Tengo que pagar un canon a unos ínfimos mafiosos, si quiero mendigar, tengo que pagar un dólar, si quiero dormir en ese sótano miserable. Pero todo eso no es lo peor. Lo más horrible es que estoy asustado.

—¿Por qué? —inquirí, asombrada de que un desecho de hombre como Paul Halkin pudiera temer algo. Incluso la muerte podía significar una cierta liberación para un individuo como él.

—Ellos me vigilan. Ahora me prestan cada vez menos atención, pero siempre están sobre mí controlándome. Me tienen lástima, deben considerarme completamente acabado y ni siquiera supongo un remoto peligro para ellos...

—¡Ellos, ellos! —exclamé, impaciente—. ¿Quiénes son? ¿Acaso no tienen nombres?

—Yo no los nombraré —dijo él, dirigiendo una huidiza mirada al pasillo—. Son «ellos», los más ricos de esta ciudad, los que siguen haciendo viajes con aviones a Bolivia e importan toneladas de cocaína. Es el negocio del siglo y ellos lo dominan todo: desde la industria hasta la política, pasando por el comercio, los

servicios... incluso las funerarias. Yo soy un hombre «tocado», Carole. Por eso no quería venir aquí. Todavía me queda un poco de dignidad: me repugna comprometerte.

—¿A mí? —me extrañé—. ¿Por qué?

—Vigilan a todos los que tienen relación conmigo. Y eso puede ser peligroso. Mañana me marcharé. Es más... si quisieras prestarme unos dólares y me facilitaras alguna ropa me marcharía ahora mismo —dijo.

No era una baladronada. Se le veía que ardía en deseos de marcharse. Y era por mi causa: no quería acarrearle ningún daño.

Miré el reloj. ¡Era tardísimo: cerca de las dos! Y yo debía estar a las ocho de la mañana en el Colegio Granjer.

—No te irás, Paul —determiné, enérgica—. Nos iremos a la cama y mañana volveremos a hablar. Esta casa es tuya, puedes hacer lo que te plazca dentro de ella. Por otra parte... No debes temer por mi causa, puesto que nadie nos ha visto juntos...

—Te equivocas —me interrumpió—. El taxista. Le conozco. Se llama Ben Haeffa y es uno de sus chivatos. Trabaja para «ellos».

CAPÍTULO VI

El timbre del despertador zumbó a las siete en punto. Me removí un poco en el tibio lecho. Mi cuerpo pesaba como el plomo y todo mi ser reclamaba seguir en la cama, pero aparté la ropa, busqué torpemente mi bata y me puse en pie.

Mientras se hacía el café, recorrí el pasillo y empujé la puerta del dormitorio que había ocupado Virgie. Paul estaba allí, durmiendo en posición fetal, como un pequeñín. Esto me infundió un sentimiento de ternura, porque ¿cuántas noches de invierno debía haber dormido a la intemperie?

Cerré la puerta suavemente para no despertarle y volví a mi alcoba. Tomé la ropa que Ross había abandonado y la oculté en el altillo del ropero. Era una precaución que juzgaba importante: Paul no debía salir aún de casa. Si no disponía, al menos, de un pantalón, no se atrevería a salir a la calle. Yo prefería con mucho que pasase uno o dos días en casa, lo cual le permitiría reponerse un poco y también charlar larga y confiadamente.

No me hacía muchas ilusiones, sin embargo. Paul se había convertido en un alcohólico, lo cual significaba que acabaría con todas las botellas que había en mi precioso bar. Se emborracharía, por descontado. Mi doctorado en Psicología me permitía, al menos, prever las reacciones de un alcohólico: Paul podía destrozar mi casa, prenderle fuego e incluso... suicidarse.

Fui a la cocina, recriminándome por albergar unas ideas tan pesimistas. Bebí el café ardiendo, me vestí, me peiné rápidamente y en el salón garabateé rápidamente una nota que dejé sobre la mesa.

«Me voy al Colegio Granjer. En el frigorífico hay todo lo necesario, incluida cerveza abundante. Distráete con alguno de mis tres libros: espero tu opinión al respecto. Volveré a la una. Ten confianza.

»Abrazos,

«CAROLE.»

P. D.: Por favor, no abras a nadie, aunque suene el timbre de la puerta. Y no contestes al teléfono.

Salí a la calle. La fría mañana de noviembre me obligó a estremecerme, aunque había tenido la precaución de abrigarme con un grueso chaquetón de piel sintética.

Caminé aprisa hasta la parada del autobús. Llegó diez minutos después, cuando empezaba a congelarme. Dentro del vehículo, repleto, el ambiente era agradable... de no ser por el aroma a tostadas untadas con ajo y el fuerte olor del aguardiente barato.

El autobús me dejó en la esquina de Kennedy Avenue a las ocho menos veinte. A la luz pálida de la mañana, el aspecto de los viejos edificios era menos sombrío y espantable que por la noche.

Apreté el paso, crucé por delante del callejón donde habían violado a mi compañera la señora Treacher —estaba recluida en un manicomio, a la sazón —y penetré en el triste patio del Colegio Granjer.

Cuarenta años atrás, aquel edificio de cinco plantas suponía el centro geométrico de la ciudad, pero en la actualidad sólo era un barrio descuidado y sórdido, pues las zonas residenciales se habían extendido hacia el norte.

De todas formas, el Granjer era un buen colegio que albergaba a la élite estudiantil de la ciudad. Las matrículas eran carísimas y las instalaciones, ya viejas y superadas, dejaban mucho que desear, pero la enseñanza era buena.

El negocio pertenecía a la señora McGathery, una adinerada viuda de unos cincuenta años, que lo había heredado de su padre, Diane McGathery había sido la directora hasta los años sesenta, pero después había contratado a la señora Margaret Ropper, dama elegante y culta que dirigía el colegio con tacto y capacidad suficientes.

A mí me había costado no pocos esfuerzos llegar a ocupar la cátedra de Psicología del Granjer. Había empezado como profesora ayudante, ganando un sueldo casi miserable, pero después se demostró que mi trabajo valía más dinero y, en la actualidad, no podía quejarme de mi salario, puesto que, además, ocupaba la cátedra con pleno derecho.

Atravesé el vestíbulo rápidamente en dirección a la sala de profesores. La señorita Waines y míster Dulles charlaban en un rincón bien arrimados a la hoguera que ardía en la vieja chimenea. Era algo anacrónica, esta chimenea, y sin embargo uno de los detalles del Granjer que más me gustaban.

—Buenos días, Caperucita Roja —saludó el viejo profesor. (Lo de Caperucita Roja se refería al encarnado gorro de punto que yo llevaba en la cabeza.)

Contesté a su saludo y acepté el cigarrillo que me ofrecía Gloria Waines. Grey Dulles parecía de excelente humor aquella mañana, pero quien verdaderamente me interesaba era Gloria. Y por una razón especial: era la secretaria de la directora.

—¿No teníamos una plaza para un profesor de gimnasia? —comenté como sin darle importancia.

Gloria me miró.

—Dos mil dólares al mes. ¿Quién va a aguantar aquí diez horas por ese dinero? —se lamentó—. El puesto está vacante desde el

principio de curso. ¿Puedes ofrecerme tú alguna solución, Caperucita Roja?

Sonreí.

—No sé. Un amigo mío vendrá a vivir a esta ciudad, dentro de una o dos semanas. Fue campeón universitario... ¿Crees que valdría para ese puesto? —inquirí.

—Creo que la señora Ropper aceptaría a cualquiera que supiera utilizar un silbato en el campo de deportes —respondió. Guiñó los miopes ojos para mirarme y dijo—: ¿Cómo se llama ese apuesto amigo tuyo?

Vacilé.

—Paul... Paul Smith. ¿Puedes hablarle de él a la señora Ropper?

—Descuida —puso una mano sobre mi rodilla aterida—. ¿Te interesa? —Yo asentí y ella sonrió—. Cuenta con ello.

Le di las gracias y me aparté de la alegre chimenea.

Cuando abandonaba mi aula en el pequeño descanso de las once, «Bad» Guy, nuestro bedel, me dijo que alguien me llamaba por teléfono. Fui corriendo a la sala de profesores y tomé el auricular.

—Carole —¡era Paul!

—Por amor de Dios —susurré, pues en la sala permanecían nueve de mis colegas—, ¿por qué me has llamado? Te pedí que no utilizases el teléfono —Me sentía como sobre ascuas, verdaderamente encolerizada, además.

—Tu nota dice que no conteste al teléfono, pero no me prohíbe usarlo —respondió él, mansamente—. De todas formas, no te hubiera llamado de no sentirme tan solo.

Me sentí emocionada, ¿por qué no confesarlo? Y mi malhumor desapareció.

—Bien, no tiene importancia. ¿Cómo te has despertado tan temprano? Por favor, no hables muy alto: estoy en la sala de profesores. ¿Sabes una cosa, Paul? Conseguiste asustarme anoche. Ardía en deseos de llamarte por teléfono, pero no lo hice para evitar cualquier descuido.

—Buena chica. Ahora voy a colgar: me siento reconfortado —respondió.

—¿Has comido?

—Huevos fritos, salchichas al vino, salsa de tomate y una cerveza. Dios te bendiga, Carole.

Había colgado. Alguien me puso la mano en la espalda en aquel momento y me volví de un brinco: era Gloria Waines.

—Acabo de hablar con la señora Ropper. Está ansiosa por ponerse al habla con tu fabuloso Paul Smith. Naturalmente el puesto es suyo —anunció, triunfal.

—Pero Paul tardará en venir todavía —dije.

—No importa. La directora quiere asegurarse de que tendrá un profesor de gimnasia. Está prácticamente dispuesta a rellenar un impreso de contrato —me miró, ufana, y añadió—: ¿Contenta?

—Y agradecida —respondí. La besé en la mejilla y ella me correspondió ofreciéndome uno de los espantosos cigarrillos negros que le enviaban desde no sé qué país sudamericano.

De todas formas, el tiempo se me hizo eterno hasta que llegó la una del mediodía. Normalmente, solía comer algún insípido plato combinado en un bar de la avenida Kennedy, pero ese día le

había prometido a Paul que estaría en casa, de modo que en cuanto terminé mi clase me puse mi abrigo chaquetón y me eché a la gélida calle.

Cuando caminaba hacia la parada de autobús me sentía extrañamente contenta. ¿Paul? ¡Pues sí, Paul! Me había dolido en lo más hondo verle derrotado y miserable en aquel entrante de la calle Hoover, con la desesperación en el corazón, calado hasta los huesos y... con una enorme navaja en el bolsillo.

A la una y veinte penetré en el vestíbulo de mi casa. Tuve que esperar el ascensor uno o dos minutos. Mis pensamientos no eran ya tan alegres... ¿La causa? Sencillamente, en mi mueble-bar había un par de botellas de «bourbon», tres de whisky, varios brandies, tres vodkas, un pernod, cuatro de Bardinet... Paul estaba alcoholizado, al parecer, y ¿qué iba a hacer un hombre solo en una casa sola, en tales circunstancias? ¡Beber! Posiblemente, Paul tendría la mirada turbia, los labios secos, el pulso precipitado y las rodillas temblorosas, todo eso con tal de que no le hubiera dado por arrojar botellas contra los vidrios de las ventanas o...

Metí con miedo la llave en la cerradura, la giré y... allí estaba Paul, erguido y— ¡maldita desconfianza! —sereno. Se había puesto un pantalón de franela y un jersey... ¡Al fin había dado con la ropa olvidada por mi «proyecto de futuro» a pesar de todo!

Me sentí tan emocionada que cerré la puerta de un taconazo y le abracé.

—¡Paul, eres un cielo! —exclamé. Y en seguida me sentí ruborizada.

Pero él me tomó por los hombros, me miró y respondió:

—No debes decir eso, pequeña. Yo soy un pobre hombre, pero tú eres magnífica. He estado pensando en ti toda la mañana... Hasta las once estaba dispuesto a marcharme, pero después te llamé y decidí esperar.

Me separé de él un tanto nerviosa.

—No hubieras podido marcharte, de todas formas, aunque ya veo que encontraste la ropa que escondí

—miré sus tobillos desnudos—. Te está ridículamente corta. Cualquier «cop» te habría detenido, de salir a la calle.

—Te olvidas de algo —observó mi expresión—. Encontré seiscientos dólares en tu mesilla de noche.

—Son tuyos —dije fogosamente—. ¿Por qué no los utilizaste? Pudiste encargar ropa por teléfono...

Me tomó por los hombros y me condujo hasta el salón-estudio.

—Lo estuve pensando, no creas. Pero luego me imaginé lo que sentirías cuando llegases aquí y vieras que yo había «volado» con tu dinero. Di la verdad, Carole: te hubieras sentido decepcionada,

¿no es cierto?

Respiré hondo antes de responder.

—No por el dinero en sí, sino por tu ausencia, Paul

—dije—. Sí, hubiera sentido mucho comprobar que no merecí tu confianza...

Se volvió súbitamente.

—¡Mi confianza! ¿Qué clase de confianza crees que puede inspirar un tipo como yo, un vagabundo piojoso y depravado? —exclamó.

—A mí no me das miedo —bromeé—. La prueba es que te dejé aquí, dinero incluido. Tú no te has marchado. Y eso también es una prueba de que Sigues siendo Paul Halkin.

Por primera vez desde que le encontrara la noche anterior, dejó escapar una carcajada.

—No te fíes de Paul Halkin —dijo, señalándome con un largo dedo extendido—. No soy un tipo de confianza.

—Vuelve a decir eso, campeón, y probarás el sabor de mis puños —respondí, amenazándole cómicamente con los brazos en jarras. Y él rompió a reír.

Fuimos juntos a la cocina. ¡Milagro! Algo había cambiado en Paul Halkin. Algo imperceptible quizá, que yo no podía definir concretamente... Quizá era que su espalda no estaba arqueada ya, o que sus ojos habían adquirido un poco de vivacidad.

Me detuve, muy sorprendida, en la puerta de la cocina; Un penetrante aroma se expandía en el aire.

—¡Paul! —exclamé—. Has estado cocinando.

—Vi un congrio en el frigorífico y recordé aquella rara fórmula, para guisarlo a la mexicana.. No recuerdo eh nombre concreto, pero sabía cómo podía hacerlo y quise ganar tiempo para que no tuvieras que esperar demasiado. Espero que te guste —respondió.

Sus manos temblaban. Evidentemente estaba sobrio. ¿Cuánto no le habría costado resistir a la tentación de beberse una botella de ginebra?

Puse la mesa rápidamente. La cocina era amplia y allí estaríamos muy cómodos. Entretanto, Paul sirvió su guiso en una besuguera y me sirvió un plato fragante y succulento que devoré en pocos minutos.

—Paul, eres un tesoro —dije con todo mi corazón.

No respondió. Masticaba cuidadosamente y procuraba evitar los ruidos groseros al comer. ¡Todo ello en honor mío!

A los postres, decidí darle la noticia.

—Tengo un empleo para ti, Paul —anuncié de improviso.

Alzó la cabeza y me miró, perplejo.

—¿Un... empleo?

—El el Colegio Granjer hace falta un profesor de gimnasia. Dos mil dólares mensuales. No es mucho, lo sé, sobre todo teniendo en cuenta que el horario es excesivo, pero... Bien, el puesto es tuyo, si quieres aceptarlo.

Se le humedecieron los ojos y él desvió la mirada hacia la ventana para que yo no le viera. Parecía muy emocionado.

—He dicho que te llamas Paul Smith. Anuncié que no podrías hacerte cargo de tu trabajo antes de una o dos semanas... Eso te dará tiempo a reponerte. —Paul me observaba con suma atención—. En cualquier caso, no tendrás que mostrar certificados ni nada de eso. Hay un borrador de contrato a nombre de Paul Smith. Y ¿sabes? Pensé que sería una bonita forma de olvidar el pasado. Te ayudaría mucho a volver a ser el hombre que siempre fuiste. ¿Qué te parece?

Por un momento, temí que fuese a negarse, pues tardaba demasiado en contestar.

—Déjame algún tiempo para decidirme —contestó, luego. Pero lo entrecortado de su respiración me llenó de esperanza—. Necesito probarme a mí mismo. Superar la ansiedad del alcohol, vencer el miedo, hacerme a la idea de que todavía no estoy perdido del todo...

Me confesó que se había dedicado durante toda la mañana a realizar ejercicios respiratorios y gimnásticos para vencer la tremenda necesidad de recurrir al alcohol. Sólo había bebido una cerveza.

—Ahí tienes la prueba —exclamé, fogosa—. Has dado el primer paso. Lo demás será más fácil.

Paul sonrió tristemente.

—Tienes demasiada confianza en mí, Carole. Ni yo mismo puedo prometerte que no volveré a beber. Es posible que regrese a la noche y me encuentres completamente borracho —dijo.

—No importa. Si caes, yo te ayudaré a levantarte. A fin de cuentas, somos seres humanos, Paul. No se nos puede exigir lo que esté más allá de nuestras fuerzas.

Recogí rápidamente la mesa y me puse el chaquetón. Eran las dos y cuarto.

—Ahora tengo que irme —le dije—. Voy a comprarte alguna ropa antes de volver al Colegio Granjer. ¡Animo!

—exclamé, alegremente. Y añadí—: Ha sido un delicioso almuerzo, querido *chef*.

CAPITULO VII

Paul se emborrachó hasta las heces, una semana después.

Cuando entré en casa, noté un hedor agrio en el ambiente: Paul había vomitado a lo largo del salón varias veces. Le hallé tendido de bruces en el cuarto de baño. Canturreaba algo entre dientes y estaba al borde del *delirium tremens*.

Lo primero que hice fue humedecer una esponja en agua fría y aplicarla contra su nuca. Un torrente de palabrotas soeces, capaces de escandalizar a un carcelero, brotó de sus labios. No le hice caso y seguí reanimándole hasta que una hora más tarde, después de continuos vómitos y espasmos, logré acomodarle en el diván.

Sus ojos erraban, desorientados, y frecuentemente se tambaleaba. Vi las oscuras ojeras, la tez pálida y macilenta, los labios secos, las manos temblorosas, y... sentí ganas de echarme a llorar.

Era lamentable. Durante ocho días, Paul había resistido estoicamente a la llamada del alcohol. Dedicaba tres horas diarias a dosificados ejercicios gimnásticos, bebía dos o tres cervezas, se alimentaba muy bien, había puesto tres kilos y su aspecto comenzaba a cambiar. Para mejorar, evidentemente.

Y ahora, otra vez.

—Me bebí una taza... de café negro... con cinco cucharadas de sal... Todo eso fue cuando terminé una botella de brandy... Me daba vergüenza enfrentarme a ti, borracho como un guiñapo... Se me alborotó el estómago, Creo... que prácticamente se me volvió del revés... Pero no he conseguido lo que quería. Te he... ofendido y... decepcionado —tartamudeó, entre frecuentes hipos.

Me levanté y fui a buscarle unos comprimidos contra el mareo. El tragó dos con un sorbo de agua. Inmediatamente sus facciones se alteraron, a punto de volver a vomitar, pero se contuvo con un esfuerzo. Puse una taza de té caliente ante él y se la bebió sin chistar.

—Es horrible, ¿verdad? —dijo.

—Es lo más corriente del mundo —respondí, un poco seria—. Durante varios años has estado empapado en alcohol. Has llegado a intoxicarte. Y es muy difícil conseguir el control de tus actos. La verdad es...

—¿Qué?

—No tenía la esperanza de que aguantases una semana sin beber, copiosamente. Cada día que pasaba me sentía más y más orgullosa de ti *Sabía* que estabas haciendo algo muy costoso e importante, te veía sufrir, pasear nervioso, como un tigre

enjaulado. Y te admiraba.

—Y ahora, ya no.

—¿Quién dice eso? —protesté—. Has cumplido de sobras. Sólo que... quizás ahora te cueste más recuperar el terreno perdido.

Paul se puso impetuosamente en pie. Se tambaleó un poco, pero no llegó a perder el equilibrio.

—Me costará, sí —admitió—. Pero no volveré a emborracharme. Todo iba tan bien, cuando se me ocurrió salir para comprar unos periódicos...

Entonces vi los diarios sobre la mesita próxima a la biblioteca.

—Lo temía, lo estaba temiendo —dijo Paul—. Y leí esa noticia. Se me doblaron las piernas de puro miedo. Y cogí la botella, como único remedio contra el pánico.

Avidamente, me puse en pie y hojeé uno de los periódicos que Paul había leído. Era la página de sucesos; mis ojos recorrieron las líneas de aquella noticia con gran ansiedad.

VAGABUNDO ASESINADO EN HOSS LANE

Paul Hawking, 41 años, fue hallado esta mañana, muerto, en un solar abandonado próximo a Hoss Lane, sudoeste de la ciudad.

El cadáver presentaba no menos de sesenta puñaladas en el cuello y el pecho, y su lengua, cercenada, apareció a escasa distancia del lugar.

Se especula con la posibilidad de que el asesinato de Hawking obedezca a un ajuste de cuentas entre las bandas de mendigos que en los últimos años...

Alcé la vista del diario y volví junto a Paul.

Le miré con curiosidad.

—¿Fue esa noticia la que te alarmó? —Paul asintió y yo insistí —: ¿Por qué razón? No comprendo nada,

—Lo entenderos en seguida. Ese hombre era de mi misma estatura y constitución y, como yo, era un mendigo. Vestía una gabardina como la mía, botas agujereadas y usaba un viejo sombrero de fieltro como... el que tú quemaste en el incinerador. De lejos se le podía confundir fácilmente conmigo. Además... Yo me llamo Paul Halkin y él... se llamaba Paul Hawking. ¿Quieres saber lo que ocurrió? *Se equivocaron. Los tipos que le mataron iban buscándome a mí.*

Parpadeé, nerviosa.

—Aún sigo sin entenderlo —confesé—. ¿Por qué habían de matarte?

Paul inclinó pesadamente la cabeza.

—Me habían advertido que no debía abandonar esta ciudad ni salirme de los estrechos límites que se me habían marcado. Podía pedir limosna, emborracharme y degradarme... Cuando vine aquí hace ahora ocho días, dejaron de controlarme y posiblemente, se asustaron. Quien quiera que fuese, dio la orden: debían eliminarme, dondequiera que me encontrase. Sólo que... Ya lo sabes, me confundieron con Paul Hawking. Ese pobre hombre pagó con la vida un cierto parecido conmigo —me explicó.

Confieso que me sentí muy asustada. Lo que Paul decía era razonable, evidentemente.

—No temas —le dije, sacando fuerzas de flaqueza—. Al menos, ellos no saben que estás aquí. Mientras no salgas a la calle, estarás seguro.

—¿Seguro? —Paul se estremeció—. Un día u otro me encontrarán.

—¡No! —exclamé, enérgica—. Haré todo lo posible por cambiar tu aspecto —reflexioné unos segundos., mientras Paul dirigía desesperadas miradas al mueble-bar—. De momento, te dejarás crecer los cabellos. Y la barba, incluso el bigote. Teñiré tu pelo de rubio y también la barba... Te compraré unas gafas de sol, añadiremos otros detalles que se nos ocurran sobre la marcha. En fin, cambiaremos absolutamente tu aspecto.

Mis palabras hicieron efecto en Paul. Advertí en sus ojos una chispa de esperanza, incluso de seguridad.

—Muy bien —respondió—. Haremos todo éso y cuanto antes. Y en cuanto llegue el momento, iré a trabajar al Colegio Granjer. El Colegio puede suponer para mí una magnífica tapadera.

Suspiré hondamente. Paul no se había desfondado del todo: aún quedaba en él un poco de entusiasmo.

* * *

No parecía el mismo. Erguido, elegante con su traje de confección, con diez kilos de más y el color recuperado en las facciones, Paul se asemejaba bastante al hombre que yo había conocido en el pasado.

Claro que la barba recortada y los rojizos cabellos le ciaban una apariencia un tanto exótica. Si a ello se añadían las oscuras gafas que Paul jamás se quitaba en público, ¿quién podría reconocerle?

Ingresó en el Colegio Granjer a principios de diciembre. Durante los primeros días, yo me sentía muy inquieta. Temía que no supiera llevar a cabo su trabajo en el colegio, pero pronto se alejaron todos los temores: Paul sabía lo que tenía que hacer. Es

más; eh seguida se hizo con la confianza y la admiración de los alumnos.

Había organizado sin vacilar campeonatos de baloncesto, de béisbol, de atletismo y de boxeo, con lo que la gente joven bullía de interés, ansiosos de dar comienzo a los entrenamientos. Muchos jóvenes cooperaban con él en la organización del deporte, y pronto el Colegio Granjer conoció una nueva vida de revitalización y optimismo.

No daba el menor paso en falso. Dueño de sus actos siempre, cumplía escrupulosamente con su deber y se relacionaba un tanto con el cuadro de profesores, aunque rehuía intimar con nadie, incluida Gloria Waines, de quien pronto llegué a temer que estuviera secretamente enamorada de Paul.

Había alquilado un ático en un edificio próximo a Vernont Street, aunque frecuentemente venía a cenar a mi casa.

La primera noche que dormí sola en mi apartamento me sentí mortalmente triste. ¿Qué me estaba ocurriendo? ¿Me había enamorado de Paul? Hice un sucinto examen de conciencia y tuve que confesarme a mí misma que siempre había estado enamorada de él, incluso antes de que Paul conociera a Perla Jamison.

Cuando él se marchaba cada noche, al final de la cena, yo sentía el ferviente deseo de suplicarle «¡Quédate!», pero mis padres me habían educado a la antigua, con un estricto, sentido de las normas morales, y callaba aunque mi corazón y mis sentidos le reclamasen desesperadamente.

También Paul vacilaba a la hora de despedirse. Procuraba alargar la corta velada después de la cena y al final se despedía con pesar.

Hubiera bastado con que él hubiera dicho:

—Te amo, Carole —Y todo se hubiera solucionado.

Por lo demás, me sentía muy orgullosa de él. Paul se afianzaba cada día más en su puesto, la señora Ropper le sonreía frecuentemente y los profesores iban al gimnasio a verle voltear en el potro y a hacer puños en el ring.

Era otro hombre. Los cuarenta y cinco días que habían transcurrido desde que aquella noche le encontrase en la calle Hoover, le habían cambiado por completo. La buena alimentación, el ejercicio y la tranquilidad le habían dado kilos y habían devuelto el relieve a sus músculos. Incluso, a veces, me sentía celosa cuando las quinceañeras aplaudían en el gimnasio alguna de sus proezas atléticas.

Así estaban las cosas cuando llegaron las vacaciones de Navidad. Era el día veinte de diciembre y habíamos organizado un sencillo guateque para alumnos y profesores: coca-cola,

refrescos, algunas cervezas y bocadillos abundantes, todo ello con la música de fondo de un viejo disco de Sinatra y los gritos entusiastas de los alumnos...

Muchos de ellos depositaron un pequeño regalo en nuestras manos y se despidieron cariñosamente hasta el próximo año. La señora Ropper nos citó en secretaría para cobrar nuestros honorarios.

No esperé a Paul cuando salí a la calle, hacia las siete. Habíamos acordado disimular completamente nuestra relación y llevábamos nuestro plan a rajatabla. Yo salía primero, y él me seguía minutos después.

Yo sabía que él me vigilaba y protegía a distancia. Esperaba a que llegara el autobús y en el último momento daba una atlética carrera a tiempo para tomarlo en marcha.

Naturalmente, la esperaba aquella noche a cenar. Paul solía tomarse algo más de una hora en su ático de Vernont Street para tomar algunos apuntes sobre los planes de su trabajo, tomar una cerveza y, quizá, cambiarse de ropa. Pero aquel día abrió la puerta con la llave que yo le había facilitado, pocos minutos después de que yo llegara. En realidad, ni siquiera había tiempo de desprenderme de mi chaquetón de piel sintética cuando él apareció en el salón-estudio.

Me asusté al escudriñar su rostro: su faz tenía un tono gris que presagiaba alguna desgracia.

Me lo explicó con palabras entrecortadas.

—He cometido un error, Carole. Supongo que algún día tenía que ocurrir y ha sido hoy —dijo—. No me di cuenta hasta que tomé el autobús. Te busqué con la mirada y pensé: «Eres un hombre afortunado, Paul Halkin». Y me eché a temblar. ¡Paul Halkin, ése fue el nombre que escribí en el recibo de mis honorarios...!

Estaba muy nervioso, temblaba y respiraba ruidosamente, como si se atragantase.

—Cálmate, por favor —le dije, aunque no se me escapaba la gravedad de la situación—. Vamos... Tiene que haber una solución... Por otra parte, todos se irán de vacaciones. ¿Quién va a fijarse en la firma estampada en tu recibo?

—Sé quién se fijará —dijo él, preocupado—. Gloria Waines me dijo que no podría volver a casa hasta las nueve. Según me explicó, debía contabilizar todos los recibos y entregárselos a la propietaria, la señora Diane McGathery.

—¿Y qué? Posiblemente, la señora McGathery se limitará a comprobar los beneficios obtenidos en el trimestre.

Pero él movió la cabeza, impaciente.

—Ojalá tengas razón, pero estoy asustado —insistió.

—No hay motivo para tanto —respondí.

—¿No? Escucha, Carole, cuando vi hoy a la señora McGathery me pareció reconocerla. Viniendo para acá, estuve pensando en ella. Y ahora sé de dónde la conozco: Diane McGathery forma parte de la Asociación Pro- Subnormales. Mucho me terno que esté comprometida en el negocio de las drogas —me explicó.

Reflexioné. Y en seguida tomé una resolución.

—Quédate aquí. Voy a volver al colegio. Veré a Gloria Waines y le diré que he perdido las llaves de mi pasa, le pediré que me ayude a buscarlas. En cuanto se descuide, entraré en secretaría y me apoderaré de tu recibo. ¿Qué puede ocurrir? Sencillamente, cuando lo echen en falta te pedirán que firmes un duplicado. ¿Qué te parece?

—¿Podrás hacerlo? —preguntó él, esperanzado.

—Estoy segura —respondí, animosa. Le besé rápidamente en la mejilla y abandoné la casa.

Tres cuartos de hora después estaba de vuelta y entregaba el recibo a Paul con una expresión radiante.

—¿Ves? Fue facilísimo. Le dije a Gloria que buscase en el salón de actos y en la sala de profesores, mientras yo hacía otro tanto en mi aula y en los vestuarios. En cuanto ella salió de secretaría, miré en su mesa. ¡Allí estaban los recibos! Cogí el tuyo, perdí unos minutos simulando que registraba mi aula y al fin me reuní con ella, mostrando las llaves que había «perdido». Nos despedimos y... Aquí estoy —expliqué.

Paul me abrazó y me dio un beso en la frente.

—Gracias, pequeña. Eres maravillosa —dijo, emocionado.

Yo sentí que un calor desconocido recorría mis venas y mi corazón aumentaba el ritmo de sus latidos. Impulsivamente, me alcé y le besé cálidamente en la boca.

—Te amo —le dije—. Estoy loca por ti, Paul.

El me apretó con más fuerza aún, me besó profunda y sabiamente y luego introdujo sus manos bajo mi suéter y empezó a desnudarme.

CAPITULO VIII

El teléfono zumbaba odiosamente, sin interrupción. Me di la vuelta en la cama y... me incorporé de un brinco al comprobar que Paul no estaba conmigo. Sin embargo, el lugar que había ocupado su cuerpo estaba todavía tibio.

Le oí hablar a media voz. Estaba contestando al teléfono.

—Creo que he metido la pata —dijo, cuando volvió.

—¿De qué se trata? —pregunté, un poco alarmada.

—Era Gloria Waines. Y tú tenías razón: me ha pedido que vaya al Colegio para firmar un duplicado del recibo. Parecía enfurruñada... No debí contestar al teléfono. Ahora, esa mujercita sabe que he pasado la noche aquí, contigo.

Me importaba un bledo que Gloria estuviera al tanto de la relación que había entre Paul y yo. Lo único que me importaba era tenerlo a él, amarle y tener la certeza de que yo significaba algo para él. No me había dicho textualmente: «te amo», pero me había amado tan intensa y frenéticamente aquella noche...

—Supongo que Gloria se había hecho ilusiones respecto a ti —respondí—. Ahora ya sabe lo nuestro. No te preocupes. ¿Qué le has dicho respecto al recibo?

—¿Qué podía hacer? Le he asegurado que estaré en el colegio dentro de una hora.

—Muy bien, te prepararé el desayuno —le besé y experimenté un intenso cosquilleo por todo el cuerpo, pero no era el momento más adecuado para revolearnos en la cama. Salté fuera, me puse una bata y fui a la cocina.

Desayunamos. Advertí que Paul parecía preocupado, pero no hice ningún comentario al respecto. Inmediatamente, decidí acompañarle al Colegio Granjer, pero como no quería aumentar sus preocupaciones, lo mejor sería seguirle sin que él lo advirtiera.

Paul se marchó a las diez y media, embutido en un abrigado anorak. Sonrió, acarició mis mejillas y aseguró:

—Volveré en seguida. A propósito... He estado pensando: ¿podríamos permitimos unas pequeñas vacaciones? Tengo unos viejos amigos en Oregón. Poseen un rancho en las montañas, un lugar lleno de belleza y naturaleza. Podríamos montar a caballo, cazar y esquiar... Por lo demás, nos saldría muy barato.

Me sentí tan contenta como una niña.

—Sería maravilloso, Paul —asentí, encandilada—. ¡Una vacaciones de invierno..., en tu compañía!

—Ve pensando en ello —se despidió.

Cerré la puerta, volví al salón y llamé un taxi por teléfono a la

parada próxima al Young Stadium. Inmediatamente, me cambié de ropa, ordenó un poco mis rebeldes cabellos rubios, me puse un gorro rojo y bajé a la calle.

El taxi me aguardaba ya en la puerta. Me acomodé en él e indiqué:

—Colegio Granjer, en Hoover Street.

Paul no estaba ya en la parada de autobús, por lo que pedí al conductor que se diese prisa.

Veinte minutos después estábamos en la calle Hoover. En aquel momento, Paul surgió de la esquina de la avenida Kennedy y, caminando a buen paso, se dirigió al Colegio Granjer y entró. Por cierto, en la acera del colegio estaba aparcada una furgoneta «Ford» color gris.

—Espere aquí —le dije al taxista. Y encendí un cigarrillo.

La calle estaba solitaria y triste. La mañana, fría y brumosa, venía a aumentar la sensación de soledad.

Pasaron treinta minutos, treinta y cinco, cuarenta... Comencé a alarmarme. Paul no hubiera necesitado más de cinco o diez minutos para realizar el sencillo trámite de firmar un recibo. ¿Quizá Gloria Waines había aprovechando la ocasión para coquetear con él? Furiosa, comencé a imaginarme a Gloria ofreciendo a Paul un café, una copa de licor...

En aquel momento, aparecieron cuatro personas en la vieja escalinata de acceso al colegio. Eran tres desconocidos corpulentos, que vestían cazadoras y chaquetones de cuero. La cuarta persona era Paul. Le llevaban casi arrastrando y... ¡Dios bendito! Chorreaba sangre.

Todo sucedió en unos segundos. En volandas, los tres hombretones le sacaron a la calle y le metieron en la furgoneta. El taxista, entretanto, estaba echando una mirada a un diario de depones, absolutamente ajeno a lo que estaba sucediendo a unos treinta metros de distancia.

La furgoneta se puso en marcha con un chirrido de neumáticos y se alejó velozmente hacia el cruce de Kennedy Avenue.

Por unos segundos permanecí, paralizada, incapaz de la menor reacción. Pero en seguida supe lo que tenía que hacer y cómo debía hacerlo.

—¡Aprisa, aprisa, siga a aquella furgoneta gris! —grité.

El hombre giró la cabeza para mirarme, vio mi rostro pálido y reaccionó con rapidez. Dos minutos después estábamos a la zaga de la furgoneta gris.

Pero ¿qué hacer? Yo sola no podría enfrentarme a tres corpulentos matones que, probablemente, dispondrían de armas de fuego, incluso.

Tomé rápidamente una decisión, después de comprobar que la furgoneta aumentaba la velocidad avenida Kennedy abajo. Ordené al taxista que se detuviera ante una cabina telefónica y gané la acera de un salto.

Tenía ya las monedas en la mano, pero tuve que apartar de un empujón al individuo que se disponía a utilizar el teléfono.

—¡Por favor, por favor!—exclamé—. Se trata de una emergencia.

Y el hombre abandonó la cabina refunfuñando.

Las monedas se me cayeron de la mano, pero finalmente logré introducir algunas en la ranura, descolgué y marqué el número de la comisaría de Kennedy Avenue, situada a unos mil quinientos metros de distancia

—¡Acaban de secuestrar a un caballero en la calle

Hoover! —grité, excitada, al auricular—. Son tres individuos y viajan en una furgoneta «Ford» color gris, matrícula JkC-0128... ¡Por lo que más quieran, es preciso interceptar a esa furgoneta! ¡Y ustedes pueden hacerlo, puesto que se dirige en estos momentos hacia el sur por la avenida Kennedy!

—Un momento, un momento, señorita —me respondió un cachazudo operador—. Repita todo eso.

Comencé a sollozar, pero conseguí repetir de forma inteligible mi explicación. No aguardé la respuesta, porque salté fuera de la cabina y volví al taxi. (El caballero que se había visto obligado a cederme la vez en el teléfono estaba barrenándose expresivamente una sien con su dedo índice.)

—¡Adelante, adelante! —grité al taxista, con los nervios a flor de piel y la garganta seca.

Apenas había invertido cuatro minutos en hacer la llamada telefónica, pero cuatro minutos son suficientes para que un coche se pierda en una riada de vehículos como la que transitaba ya a lo largo de las dos direcciones de la avenida Kennedy.

—¡Corra, corra! —gritaba, impaciente—. Tendrá cincuenta dólares extra si logra darles alcance.

El conductor sacó un pañuelo rojo de algún sitio y lo agitó a través de la ventanilla.

Nos saltamos un semáforo en rojo en el cruce de Brown Street... décimas de segundo antes de que una gran riada de vehículos se lanzase sobre nosotros desde la calle Brown. Un motorista que permanecía de servicio en aquel lugar corrió detrás de nosotros en cuanto el tráfico se lo permitió.

—¡Allí, allí está! —grité, al vislumbrar la mancha borrosa de la furgoneta. Rodaba a unos sesenta metros delante de nosotros.

En ese momento, se dejó oír una sirena estridente: estábamos a

unos doscientos metros de la comisaría de Kennedy Avenue.

El taxi volaba a lo largo del carril de la izquierda, sin respetar las señales de tráfico. Estábamos ya muy cerca de la «Ford» gris, cuando un coche de la policía brotó de una calle transversal y cortó el paso al vehículo de los secuestradores.

Pude oír perfectamente el chirrido de los frenos y ver las negruzcas marcas de caucho que el furgón dejaba sobre el asfalto.

—¿Qué hace ese tipo? —gritó el taxista—. ¡Debe estar loco...!

En efecto, la furgoneta acababa de desviarse temerariamente a la izquierda, saltó sobre el andén de separación y trató de alcanzar la calle lateral.

No lo consiguió: un camión de mudanzas le embistió lateralmente. Se oyó el crujido de las planchas al arrugarse y la furgoneta volcó y rodó sobre sí misma hasta estrellarse contra un árbol.

Dejé escapar un grito, el estómago se me encogió de puro pánico. ¡Paul estaba dentro de aquel furgón!

Bajé impetuosamente, es decir, intenté hacerlo, porque el taxista me lo impidió.

—No sea loca. Aguarde, la policía tiene rodeado este lugar —dijo.

El corazón me golpeaba locamente en el pecho. ¡Dios santo, mi pobre Paul destrozado, tal vez muerto, dentro de aquellos hierros retorcidos...!

Varios policías rodeaban ya la furgoneta, metralleta en mano. Una ambulancia se acercó á gran velocidad haciendo gemir su sirena.

Vi cómo sacaban dos cuerpos inanimados. ¡Ninguno de ellos era el de Paul! No soy lo que se dice una buena cristiana practicante, pero en aquel momento mis labios bisbisearon una oración.

Sacaron a otra persona a través de las destrozadas puertas traseras. ¡Paul! Se tambaleaba y chorreaba sangre. Su rostro estaba materialmente convertido en una máscara sanguinolenta, pero se tenía en pie. Dos mozos de ambulancia se lo llevaron en volandas.

Para entonces se había producido un terrible embotellamiento y algo más de un millar de curiosos circundaban el lugar, contenidos a duras penas por la barrera de la policía.

Abrí el bolso, conté apresuradamente unos billetes y los entregué al taxista.

—Gracias —dije. Y antes de que él pudiera retenerme, bajé. En seguida me mezclé con la multitud.

CAPITULO IX

A la una del mediodía regresé a casa, después de aguardar inútilmente durante hora y media en el vestíbulo del hospital.

Me habían dado ciertas seguridades: las heridas que sufría Paul no eran graves, pero estaba todavía bajo los efectos de una conmoción cerebral y habían prohibido rigurosamente las visitas.

También había logrado averiguar que dos de los secuestradores habían muerto y un tercero padecía fracturas y lesiones gravísimas.

¿Cómo había logrado sobrevivir Paul? Según la versión de uno de los mozos de la ambulancia, debía la vida al hecho de que sus secuestradores le habían tendido sobre un asiento y le habían atado al mismo.

Ahora comprendía yo que Paul se hubiera mostrado tan asustado. Ya no sólo era él quien tenía miedo: *yo estaba aterrorizada*.

Cuando penetré en el vestíbulo de mi casa, llevaba oculto en la manga mi pequeño spray anti-violadores, pues temía que alguien estuviese vigilando mi domicilio o incluso que estuvieran esperándome en mi apartamento.

Ya arriba, introduje el llavín con sigilo y abrí la puerta de una patada. No sucedió nada y al fin reuní el valor suficiente para entrar, aunque dejé la puerta abierta por si me veía obligada a salir precipitadamente.

Sin embargo, mis precauciones fueron inútiles. La casa estaba desierta, tal como yo la había dejado.

Apresuradamente, recogí alguna ropa en una maleta, el dinero que tenía en la mesilla y mi talonario de cheques. Mi cuenta sólo ascendía a unos dos mil dólares, pero me convendría mucho disponer de aquella cantidad.

Abandoné el apartamento media hora después. Y sentí que la angustia atenazaba mi pecho. Porque no sabía cuándo podría volver allí: mi bonito y cómodo apartamento no era ya un lugar seguro.

Antes de que cerraran los bancos, saqué mil ochocientos dólares de mi cuenta. Después penetré en la cafetería del supermercado, busqué un teléfono e hice una llamada a Gloria Waines.

En cuanto oí su voz comprendí que Gloria estaba asustada.

—Soy Carole Keith —le dije—, Bueno, ya lo sabes, Gloria: Paul fue a verte al colegio hacia las once, pero aún no ha regresado y estoy preocupada.

—No quiero hablar contigo. Voy a colgar —respondió con voz temblorosa.

—¡Espera! —grité—, Si no me escuchas, te denunciaré a la policía.

No colgó.

—Lo... lo siento, Carole. No puedo decirte nada. Me... me han advertido que debo cerrar la boca. Te lo confieso, tengo miedo. Probablemente, han intervenido mi teléfono.

—¡No seas tonta! No han tenido tiempo de hacerlo después de...—le conté todo: yo había sido testigo del secuestro de Paul—. Y ahora, dime: ¿qué fue lo que ocurrió en el Colegio Granjer?

Me costó mucho hacerla hablar, porque en verdad estaba aterrada, pero lo conseguí.

—Tú tienes la culpa —me acusó—. Ahora sé que tú robaste el recibo de Paul. Lo de la pérdida de tus llaves sólo fue una disculpa... Lo que tú ignoras es que siempre sacamos una fotocopia de los recibos para el control de secretaría. La señora Gathery se impacientó: eran las diez y yo no le había llevado los justificantes y las cuentas del colegio. Entonces le dije la verdad: se había perdido el recibo de Paul Smith. Me dijo que no importaba, que le llevase la fotocopia. Y así lo hice.

En la lujosa residencia de Diane McGathery, ambas repasaron los documentos.

—Cuando ella examinó la fotocopia del recibo de Paul, noté que cambiaba de color. «¿No se llamaba Smith? Aquí pone Halkin.» Y en seguida salió de la estancia y fue a telefonar. No sé con quién se comunicó, pero me pareció oír repetidamente la palabra «Stella». Volvió y me dio instrucciones: debía citar a Paul Smith para que firmara un nuevo recibo. Diría que se me había extraviado y nada más. Pero a la mañana siguiente, cuando fui al colegio estaban esperándome tres individuos...

Le dijeron que tenían cierta cuenta pendiente con Paul Smith y que Gloria debía obedecer todas sus instrucciones. Debía mostrarse serena y sonriente y obligar a Paul a firmar el duplicado del recibo.

—No se preocupe de más —añadieron—. Nosotros nos ocuparemos del resto. Luego llegó Paul y apenas supe disimular. El firmó, me deseó unas felices vacaciones y... salió. ¡Dios mío! En seguida escuché los golpes y los gemidos. Le increpaban, le insultaban, le golpearon sin cesar. Luego cesaron los golpes y los ayes y todo quedó en silencio. Asustada, me asomé al pasillo y vi el reguero de sangre. Más tarde me llamó la señora Gathery. «Tengo entendido que se ha producido un incidente entre Paul Smith y unos desconocidos», me dijo. «Por el bien de usted y el prestigio del colegio, debe callar. No diga nada a nadie. Será mejor para todos», me advirtió con una voz tan fría como el hielo.

—Eso es todo, supongo —dije yo, que la había escuchado sin interrumpirla—. ¿No habló la señora Gathery de mí?

—¡Sí, ahora que lo recuerdo! Me preguntó tu domicilio y quiso saber si tenías familiares. Le dije que no tenías ningún pariente. ¿Hice mal? —preguntó Gloria, compungida.

—Me temo que sí —respondí, tensa—. Pero ya no tiene remedio. Gracias por todo, Gloria. No volveremos a vernos hasta enero: pienso pasar las vacaciones en un pueblecito de Oregon.

—Lo celebro. ¡Ojalá pudiera ir yo contigo...! —dijo. Y colgó.

Abandoné el supermercado, cada vez más asustada y tensa. Yo había sido una ingenua al tomar los temores de Paul como algo exagerado o inexistente. Pero ahora empezaba a darme una idea aproximada de lo que podía ocurrirle a Paul y a mí.

¿Por qué había preguntado la señora Gathery todos aquellos datos acerca de mí, mi domicilio, si tenía o no parientes?

No quise responderme a mí misma, porque la respuesta hubiera sido demasiado inquietante.

Entré en una boutique y me gasté cien dólares en una peluca de cabellos negrísimos, que una empleada me ayudó a acoplar sobre mis cabellos rubios. Me miré en un espejo: desde luego, los cabellos negros desentonaban con mis cejas y pestañas muy claras, pero con rimmel podría arreglar aquella cuestión. Me puse mis enormes gafas de sol y abandoné la tienda.

Para mí estaba muy claro lo que debía hacer: sacar cuanto antes del hospital a Paul. «Ellos» había decidido asesinarle y aunque hubieran fracasado la primera vez, volverían a intentarlo en seguida. ¿Qué mejor lugar que un hospital para quitar rápidamente del mundo a una persona que estorbaba? Centenares de médicos, miles de enfermeras, mozos, auxiliares y visitantes moviéndose constantemente a lo largo de pasillos e instalaciones. Para los asesinos sería sumamente fácil disfrazarse con unas batas, al llegar a la habitación del Paul y ponerle una inyección mortal, por ejemplo.

En mi maleta, estaba la bata de enfermera que yo misma había utilizado durante seis meses antes de decidirme por la enseñanza.

Esto suponía una ventaja para mí, puesto que, siendo enfermera diplomada, conocía perfectamente la organización interna de un gran hospital.

Desde luego, contaba con dos imponderables. Uno: ¿estaría Paul en condiciones de moverse por sí mismo? Dos: ¿habría vigilancia policial en la puerta de su habitación? Esta última posibilidad, no era de desdeñar, \ puesto que de alguna forma Paul había sido víctima de un atentado criminal. El asunto era grave, puesto que dos de los secuestradores habían perdido la

vida y el tercero se debatía entre la vida y la muerte en manos de los cirujanos.

Me sentía muy nerviosa y confusa. Caminaba sin rumbo fijo, procurando mezclarme con la gente en las calles más transitadas y ruidosas. Porque por alguna oscura razón yo *sospechaba que estaban buscándome*.

El hambre aguijoneaba mi estómago y me decidí a entrar en un pequeño restaurante de la calle Mayer. Me acomodé en una mesa apartada, indiqué el menú al camarero y saqué un bloc donde apuntar mis conclusiones, dado que mi cerebro estaba poblado de ideas confusas y, lo que era, peor, de vagos temores.

El camarero había puesto en la mesa un martini y un platito de entremeses. Probé la fría bebida y me esforcé en concretar mis ideas.

Veamos: ya estoy en la calle con Paul. ¿Qué hacemos, adónde nos dirigimos? El apenas puede caminar... ¿un taxi? ¡De ninguna manera! Sería dejar una pista clarísima. ¿Entonces? Tenía que alquilar un coche.

Lo anote: alquilar un coche. Bien. Ya estamos en el coche (el camarero me trajo un fragante consomé caliente). ¿Adónde vamos ahora? Nada de hoteles, residencias ni pensiones. «Ellos» son poderosos y están en todas partes. Hay que pensar en otra cosa...

¡Una caravana! Una vivienda-remolque, ésa era la solución. Lo anoté en mi agenda: comprar una caravana.

Pero ¿de dónde iba a sacar el dinero suficiente para una caravana? Yo no tenía la menor idea del precio de una «roulotte», pero imaginaba que no sería inferior a dos o tres mil dólares. Y en total, no tenía más que dos mil cuatrocientos.

Claro que podía vender mi apartamento de Vernont Street. Valía unos setenta mil dólares, cien mil con los muebles y objetos de valor. Pero ¿no me expondría demasiado al hacer las gestiones de venta? Y, además, no ¡lía a conseguir el dinero en unas pocas horas.

Bebí un sorbo del consomé y me quemé los labios. Se me saltaron las lágrimas, pero no era por el consomé, sino porque empezaba a ser consciente de mi impotencia.

De todas formas, si consiguiese el coche y su caravana, Paul y yo estaríamos a salvo. Abandonaríamos la ciudad, nos marcharíamos lejos, Paul convalecería en un buen hospital y lo demás se iría arreglando sobre la marcha.

De repente, me puse rígida: un joven de color de unos treinta años había penetrado en el restaurante y escudriñaba con gran interés todos los rincones. Su mirada se posó un momento en mí, penetrante. Hice un esfuerzo y logré llevarme el martini a los

labios sin verter una gota. El hombre de color terminó su inspección y se marchó.

Poco a poco me serené. ¿Por qué habían de buscarme a mí? Probablemente, sólo buscaba a un amigo o a una amiga.

De todas formas, terminé rápidamente mi frugal almuerzo, pagué y me marché. Apenas me encontraba a treinta metros de allí, cuando un enorme «Ford» frenó bruscamente ante la puerta del restaurante. Vi que bajaban tres individuos: uno de ellos era el joven negro que había registrado el loca! minutos antes.

Los tres hombres penetraron en el restaurante con tal prisa, que comprendí sin esfuerzos que me buscaban a mí. Corrí cuanto pude y tomé un autobús que se ponía en marcha en aquel momento: desde la parte trasera, estuve espiando la calle durante unos minutos, temerosa de ver aparecer el enorme «Ford», pero afortunadamente el autobús llegó al final de su itinerario sin novedad.

Bajé y me alejé rápidamente, sin rumbo fijo. Tomé un taxi y me dirigí al centro de la ciudad. A las cuatro tenía en mi poder un «Toronado» del 70. El coche no era muy nuevo, pero era potente y espacioso y funcionaba muy bien: podría tirar sin esfuerzos de una caravana. ¿Pero dónde estaba la caravana...? Me quedaban dos mil dólares, pero no podía quedarme sin dinero.

El encargado del negocio de automóviles de alquiler estaba rellenando unos impresos. Y de repente se me ocurrió comentar:

—Es una lástima... Pensaba pasar una semana de vacaciones en la montaña, pero no dispongo de dinero suficiente para comprar una caravana.

E! hombre alzó la mirada y enarcó las cejas.

—¿Comprarla? ¿Y dónde la metería cuando terminen sus vacaciones? Yo tengo una estupenda «Traveller» y no pienso utilizarla hasta el verano. Está equipada cosí dos camas, lavabo, cocina, lavadora, televisor, radio, calefacción-aire acondicionado e incluso radio-teléfono. Podría alquilársela, si llegamos a un acuerdo.

—¿Cuánto me costaría? —pregunté, esperanzada.

El hombre realizó unos cálculos. Seguro, amortización, beneficio...

—Trescientos dólares de fianza, más cincuenta semanales. En total, trescientos cincuenta.

—Le entregaré cuatrocientos, por si decidiese quedarme algunos días más. ¿Le parece bien? —pregunté.

—Perfectamente. ¿Quiere que le enganchemos aquí mismo la caravana?

—Sí, por favor —supliqué.

Salimos al garaje y el encargado llamó a uno de sus mecánicos. Poco después sacaban la soberbia vivienda- remolque. Era una espaciosa caravana de unos seis metros de longitud, preciosa. En pocos minutos la engancharon al «Toronado», conectaron el sistema eléctrico y el conjunto estaba dispuesto para la marcha.

El dueño me dio unas breves instrucciones para la conducción en carretera y en seguida me despedí. Arranqué y salí despacio a la calle. El motor del coche era potente y tiraba del remolque sin esfuerzos.

A las cinco y media estacioné junto al Hammond Park. Dentro de pocos minutos anochecería y yo penetraría en el hospital. Bajé del coche, lo cerré y abrí la cerradura de seguridad de la caravana.

Abrí mi maleta, cambié mis pantalones, mi chaqueta y mis botas por el blanco uniforme de enfermera y zapatos de bajo tacón. Después me puse la cofia y una gabardina y bajé.

Sabía cómo tenía que hacer las cosas y no cometí el menor error. Penetré en el parque que rodeaba el hospital, erguida y a buen paso, bajo la mirada de un portero. Y en seguida, me dirigí a la entrada de enfermeras, situada en el ala derecha del edificio. Mientras caminaba hacia allí, me dije que debía haber comprado algunas provisiones antes de que llegara este momento, pero la verdad es que temía tanto por Paul que todos los detalles secundarios me parecían de ínfima importancia.

Penetré en el hospital a la hora en que terminaban las visitas.

A partir de aquel momento, no habría en todo el centro una sola persona vestida con ropas civiles, lo cual suponía una desventaja. Pero también era cierto que entonces se relajaba un tanto la vigilancia interna, y ello me convenía.

Saludé con una inclinación a una enfermera-jefe que pasó junto a mí a toda prisa y penetré en la sala marcada con el rótulo «Nursery». Había unas ocho o diez enfermeras allí, charlando o tomando café. Yo me dirigí rectamente al teléfono y lo descolgué. Un minuto después sabía que Paul Smith —así estaba registrado— ocupaba la habitación 456, en la sexta planta.

Salí, avancé por el pasillo con naturalidad y fiché en el fichero automático. (Había utilizado una ficha cualquiera, porque dos internistas me estaban contemplando desde el vestíbulo.)

Sonreí y me dirigí a la planta de ascensores. ¿Cuál sería mi actuación si Paul estaba protegido por la policía? Si era así, tendría la garantía de que Paul seguía en la habitación 456, pero... me resultaría poco menos que imposible sacarle de allí.

El ascensorista me miró fijamente y yo volví a sonreír. Le dije la planta a la que iba y no hizo ningún comentario. Con la

respiración contenida, una sonrisa estúpidamente estereotipada en los labios y el corazón latiendo locamente en mi pecho, llegamos a la sexta planta.

Me orienté, pasé ante el control de planta y tomé el pasillo C. Habitación 451, 452, 453.. ¡No había vigilancia policial en la 456! Pero al fondo tres médicos discutían ante los quirófanos.

Silbé entre dientes y empujé confiadamente la puerta del ropero. Si había allí alguna enfermera, me vería en un compromiso, pero el almacén estaba desierto. Busqué apresuradamente una bata verde de cirujano... ¿Dónde diablos podrían estar? De repente, la puerta se abrió.

—Chica, esto no hay quien lo aguante —exclamó alguien detrás de mí, pero no me volví hasta que la puerta volvió a sonar y yo expelí el aire con fuerza a través de los labios.

La bata. Allí había una pila de verdes batas de cirujano. Salí. Parecía imposible que los acontecimientos se desarrollaran de forma tan admirable. Ojalá no fallase nada.

Pero falló. Ahora había un mozo de vigilancia ante la habitación 456. El hombre estaba de pie ante la puerta, leyendo un programa de televisión, ¿Qué podía hacer?

Lo que hice. Sin vacilar pasé junto a él y dijo sin mirarle.

—¿Es que no ha oído los gritos? Al de la 449 le ha dado un ataque epiléptico. ¡Vaya a echar una mano a la enfermera-jefe!

Le oí murmurar algo entre dientes, algo que sonaba a disculpa. El hombre dejó su revista sobre el banco y corrió hacia la 449.

Inmediatamente retrocedí y penetré en la 456. Paul dormía. No tenía vendajes en la cabeza.

Le desperté. Su rostro reflejó un asombro infinito al verme allí, vestida como una enfermera.

—No preguntes nada, no digas nada. Di solamente *sí* o *no*. ¿Puedes andar?

—Sí —murmuró.

Le incorporé, le sostuve, le puse la bata apresuradamente y le coloqué el gorro Verde. Luego le dije que se sentara en la cama y abrí el armario. Sus zapatos estaban manchados de sangre, pero eran mocasines y se los puse en seguida. Coloqué la almohada bajo la colcha, simulando un cuerpo humano.

—Ahora debes escucharme con toda atención —le advertí—. Voy a sacarte de aquí —asintió con torpeza—. Y para ello es preciso que camines despacio pero con soltura. Procura hablar, hacer algún comentario cuando pasemos junto a alguien. ¿Estás dispuesto.

—Sí —pronunció.

—Vamos —dije. Y salimos.

No había nadie a la vista, los médicos debían haber penetrado en el quirófano. Para no tropezar con el vigilante que yo había enviado a la 449, caminamos aprisa hacia los montacargas del servicio de quirófanos.

¡Dios mío, cuánto le costaba caminar a Paul y mantenerse erguido...!

Era evidente que aún seguía bajo los efectos del shock, pues su rostro carecía de expresión y sus párpados tendían a cerrarse.

Alcanzamos los montacargas y descendimos. Ahora deberíamos caminar por un larguísimo pasillo para llegar a la «Nursery». Paul se tambaleaba a veces y yo le sostenía con mi brazo y pronunciaba un susurrante:

—¡Animo! Casi estamos en la calle.

Y él se erguía de nuevo. A pesar de la tremenda paliza que había recibido aquella misma mañana, a pesar de sus labios abultados, rotos, y de sus costillas fracturadas (cuando le abrazaba para sostenerle notaba perfectamente el vendaje elástico con que le habían fajado el pecho).

Le gasté una broma en voz alta cuando nos cruzamos con dos médicos en el vestíbulo de entrada, pero ellos no nos prestaron la menor atención.

—Espera un momento aquí —le dije cuando entramos en la «Nursery».

Tomé la gabardina que había dejado sobre una silla y salí al pasillo. Eché una mirada. Nadie nos observaba: rápidamente le quité el gorro verde de cirujano y le puse la gabardina. Aunque a mí me venía muy holgada, a él le estaba verdaderamente estrecha.

—Vamos a la sección de ambulancias —susurré. Y le arrastré al parque.

La verja estaba cerrada y nadie podía ya entrar o salir sin identificarse. La única solución era... robar una ambulancia.

En el garaje había un vigilante y dos conductores de servicio. Estaban jugando a los dados en la cabina de vigilancia y no miraron en nuestra dirección cuando nos escurrimos hacia la ambulancia más próxima.

Poco después, la ambulancia saltaba hacia adelante con ímpetu y rodaba a gran velocidad hacia la verja.

CAPITULO X

Paul dormía tranquilamente. Yo estaba sentada a su lado, con un pesado desmontable de acero al alcance de mi mano.

Nos encontrábamos en Haddon Fields, al sur de la ciudad. Había encontrado un solar cercado, cuya puerta carecía de candado. La verja era alta y automóvil y caravana estaban fuera de la vista de cualquiera que transitara por aquellos desiertos alrededores.

Sólo tenía un temor: que los gamberros de aquella parte de la ciudad utilizasen el solar como guarida, aunque no encontré ningún cobertizo ni lugar a propósito para que unos delincuentes se guarecieran. Y había comenzado a nevar hacia las siete; la temperatura era bajísima.

De todas formas, en la caravana encontré un cajón de herramientas y cogí aquel desmontable: si alguien se atrevía a rondar nuestro habitáculo, yo no me detendría a la hora de descalabrar a quien fuera.

No había encendido las luces, a pesar de que la caravana contaba con dos grandes baterías, además de la del coche. Tenía una linterna y de ella me había servido para preparar la comida de Paul en la cocina a gas.

Le había hecho una sopa y había comido también un poco de queso fresco y algunas frutas.

Paul había caído derrengado en el lecho, en cuanto le llevé a la caravana. Yo había abandonado la ambulancia a medio kilómetro de Hammond Park, después de dejar a Paul instalado. Luego volví apresuradamente junto a Paul a través del parque y nos marchamos de aquel lugar antes de que la policía se pusiera a curiosear la zona.

El estaba durmiendo cuando me detuve en Pickeray para echarle una ojeada y comprar alimentos, bebidas, medicinas y vendas. Me gasté casi doscientos dólares, pero llené de comida y bebidas la despensa y el frigorífico de nuestra vivienda sobre ruedas.

No había desmayado ni un solo instante y me sentía orgullosa de haber resuelto mi misión sin incidentes. Sin embargo, seis meses antes yo hubiera sido absolutamente incapaz de comportarme de modo tan temerario y audaz.

A las diez desperté a Paul para darle su alimento. Empezó a hablar, a hacerme inquietas preguntas... pero le convencí de que lo único que convenía a su salud era descansar.

Comió bien y esto me llenó de esperanza. (Sabía por mi experiencia de enfermera que un enfermo grave, es prácticamente

incapaz de ingerir alimentos.)

Ahora eran casi las dos de la madrugada y todo estaba en silencio, apenas interrumpido por la profunda respiración de Paul. El silencio era tan absoluto que llegaba a ser opresivo. Y yo no podía dormir. Por una parte, me sentía en la obligación de velar el sueño de Paul, pero, además, los inquietantes incidentes de la jornada anterior y la sensación de peligro me hubieran impedido conciliar el sueño.

Me había preparado medio litro de café y de cuando en cuando lo calentaba y me servía una pequeña taza y fumaba lentamente un cigarrillo.

Pensé en Paul y en mí. Nos habíamos encontrado, nos amábamos y podíamos ser felices, Y sin embargo era imposible, pues el pánico nos delataría y nos perdería antes o después.

Era injusto. A Paul lo habían hundido, arruinado, destruido... Y cuando yo, con infinito amor y paciencia, conseguía finalmente que él recobrara la confianza en sí mismo, «ellos» se arrojaban sobre nosotros como fieras sedientas de sangre.

Encendí otro cigarrillo. A la luz del mechero, vi por un instante el sereno rostro de Paul deformado por los golpes. La ternura que sentía por él puso un brillo de lágrimas en mis ojos... ¡le amaba tanto!

Y él... Paul era un hombre honrado, generoso, con gran capacidad profesional, social y humana. Valía la pena hacer por él cuanto fuese, aunque... la amarga verdad era que no teníamos porvenir. De allí en adelante íbamos a vivir con la amenaza constante de que un día u otro «ellos» caerían nuevamente sobre nosotros.

Apagué el cigarrillo, profundamente rabiosa e impotente. ¡Pues no, yo no iba a aguantarme con el papel de víctima en el degolladero! Paul sabía muchas cosas acerca de aquellos criminales: era preciso usarlas para destruirles.

Cerca de las tres escuché un leve rumor bajo el piso de la caravana y mis nervios se tensaron. Tomé la barra de hierro y contuve la respiración, dispuesta a todo.

No había que preocuparse. Más tarde se oyó el chillido estridente de una rata... ¡eran las alimañas!

Nuevamente, el silencio pesó tanto sobre mi que, por fin, me decidí a conectar el televisor. Las persianas de las ventanas estaban cerradas, pero así y todo coloqué unas toallas sobre ellas y bajé el volumen hasta hacerlo prácticamente inaudible. Pegado el oído al aparato, presté atención.

Estaban dando el noticiario de las tres de la madrugada y oí la palabra «hospital», lo que agudizó aún más mi atención.

—...A las siete de la tarde de ayer. Tres individuos que vestían batas de médico lograron llegar hasta la planta sexta y penetraron en la habitación número 456 después de golpear a culatazos al auxiliar que vigilaba en el pasillo. Una enfermera que acudió, vio como disparaban una ráfaga de metralleta contra el lecho que debía ocupar Paul Smith, herido en la mañana de ayer cuando volcó la furgoneta en que viajaba con sus secuestradores. Los tres asaltantes dispararon al aire sobre las enfermeras y lograron escapar del hospital amenazando con sus armas al personal sanitario...

La cámara recorrió el pasillo de la planta sexta del hospital y se detuvo en la puerta de la habitación 456.

—...Como puede verse, Paul Smith había huido, ayudado, al parecer, por una falsa enfermera, y los criminales sólo ametrallaron la almohada que, bajo las ropas del lecho, simulaban un cuerpo humano. La policía investiga...

Desconecté el televisor, fuertemente impresionada.

Lo que yo había temido era un hecho, no mera especulación. Tres asesinos hubieran ametrallado a Paul, si yo no le hubiera, sacado del hospital una hora antes.

Ahora ya sabía a qué atenerme: dondequiera que nos encontrasen, «ellos» dispararían a matar. Contra Paul para evitar que hablase lo que sabía y sobre mí para curarse en salud por si él me había puesto al corriente de sus secretos.

El porvenir se presentaba sombrío. Más aún si se tenía en cuenta que Paul estaba enfermo y maltrecho, incapaz de defenderse.

Me agazapé a su lado y murmuré:

—No podrán hacerte daño mientras yo esté contigo, amor mío.

CAPITULO XI

Desperté sobresaltada, pero reaccioné en seguida: de un manotazo agarré la barra de hierro y me incorporé de un salto dispuesta a romper el cráneo al intruso.

Mi brazo quedó rígido en alto.

—¡Paul! —exclamé, estupefacta.

El estaba en pie, preparando el desayuno. Su rostro tenía la vivacidad y expresividad normal, por lo que comprendí, tranquilizada, que el shock había cedido.

Dejé caer el desmontable y le abracé con cuidado.

—¡No, por favor! —gemí—. No estás aún en disposición de...

—Sí que lo estoy —respondió él y me besó fugazmente en los labios. (Los suyos todavía estaban deformados, aunque la hinchazón había cedido.)

Había hecho café y estaba preparando unas tostadas.

—¿De dónde sacaste este hermoso trasto? —preguntó, admirado.

Se lo conté todo, mientras tomábamos el café. A medida que yo iba narrándole todos los incidentes del día anterior, la admiración ponía un brillo húmedo en sus hermosos ojos castaños.

—¡Dios mío, es demasiado para una simple mujer!

—exclamó—. Has expuesto tu vida por mí. Y la sigues exponiendo...

—¿No eres lo más importante para mí? —respondí, emocionada—. En cierto modo, sólo soy una egoísta: no voy a permitir que te arranquen de mis brazos.

Su expresión se nubló.

—He sido un cobarde, Carole. Pero ahora... Tú me has demostrado con el ejemplo lo que debo hacer —murmuró.

—¿Que vas a hacer?

—¡Luchar! Se terminó huir como un conejillo —respondió, furioso.

Este era mi Paul Halkin, el hombre que yo había conocido años atrás.

A través de las persianas penetraba el tenue resplandor del amanecer.

—¡Dios bendito, me dormí! —exclamé entonces, apesadumbrada.

—¿Y qué querías? No sé cómo tus nervios lograron resistir. O, mejor dicho, sí lo sé —respondió con una sonrisa

Se había recuperado y no demostraba el menor temor. Esto era decisivo, porque en nuestra situación la menor muestra de debilidad sería un paso hacia la muerte.

Fregué las tazas y los cubiertos y lo dejamos todo en orden.

Luego nos sentamos en el pequeño living a fumar un cigarrillo.

Le pregunté a Paul qué había ocurrido en el Colegio Granjer, aunque yo tenía la versión de Gloria Waines.

—Cayeron sobre mí de improviso: querían saber dónde había estado durante casi dos meses, con quién me había relacionado y como había logrado el empleo en el colegio. Naturalmente, empezaron a golpearme antes de que yo pudiera responder. Me defendí, incluso logré derribar a uno de ellos, pero otro me sacudió un salvaje rodillazo en la entrepierna y ahí terminó mi resistencia.

—¿Qué les dijiste?

—Nada. Me golpearon a patadas, en el suelo, y perdí el conocimiento. Lo recuperé a medias cuando el aire frío de la calle me golpeó en el rostro. Luego me metieron en la furgoneta y me ataron con correas al asiento. Yo cerré los ojos para hacerles creer que estaba desvanecido. Y les oí hablar...

Habían decidido llevarle a un sótano de la zona industrial de April Wells y confiaban en que un tipo llamado «Cafre» Balsam se las arreglase para hacer hablar a Halkin.

—Balsam es un ex presidiario especializado en hacer hablar a las piedras. He oído hablar de él e incluso le he visto en un par de ocasiones. Le falta un ojo y el otro parece colgarle de la ceja. Al parecer, unos compinches de la cárcel le ataron, le metieron la cabeza en una colchoneta, a la que prendieron fuego después... Es un individuo temible, de dos metros de altura y muy corpulento. Lleva una peluca rubia y grandes gafas oscuras, con todo lo cual pretende ocultar su cabeza y su rostro, horriblemente deformados...

Me estremecí de horror.

—Gracias a ti, Carole, me libré de ir a parar a las manos de «Cafre» Balsam —Paul me miró fijamente—. Nunca podré olvidarlo.

—Pues olvídale y hablemos de otra cosa. ¿Qué vamos a hacer? Apenas me quedan mil cuatrocientos dolores, pero el tanque del coche está lleno a rebosar de gasolina y disponemos de víveres para una semana. Había pensado que lo mejor era abandonar la ciudad, marcharnos a vivir a otro Estado y olvidarnos de todo esto —dije.

Paul movió la cabeza negativamente.

—No, Carole. Tú no conoces a esa gente. A estas horas, tendrán a centenares de personas buscándonos como perros rabiosos. Ya te dije que su negocio es de centenares de millones de dólares y el dinero lo puede todo. No sólo pueden alquilar a los más peligrosos matones, también se sirven de la policía, a muchos de

cuyos oficiales manejan a su capricho. Tratar de escapar en estas circunstancias supondría el suicidio. Pero además...

—Además, ¿qué?

—Yo antes no tenía a nadie. Había perdido a Perla y me sentía desesperado, pero ahora las cosas han cambiado: te tengo a ti. Te he metido en un embrollo terrible y tengo que sacarte de él, sea como sea —dijo.

Me puse en pie impulsivamente.

—¡Pero yo no voy a permitir que tu expongas tu vida para salvar la mía! —protesté fogosamente.

Paul sonrió. En sus ojos había un brillo extraño, desconocido.

—Calma —respondió—. Trataremos de salvarnos los dos —se acercó a una ventanilla y bajó la persiana—. ¿Dónde estamos? He oído el claxon de un tren, lo que me obliga a suponer que estamos próximos a South Station, ¿me equivoco?

—Aciertas. Estamos en Haddon Fiéis, dentro de un solar cercano, South Station queda a menos de un kilómetro.

—Tendré que arriesgarme a ir hasta allí. Tengo una maleta en la consigna de la estación —dijo.

—¡Ni hablar! —salté—. Tú te quedas aquí. Si alguien tiene que ir, seré yo. Puedo alterar mi maquillaje de forma que ni tú mismo me reconocerías. Pero ¿qué es lo que tienes allí?

—Tengo una pistola «Walther» automática y algunos apuntes. Lo único que no tengo es el resguardo.

—Entonces...

—Nada más fácil. Llévate una maleta o una caja llena de periódicos y di que te la guarden. Recoge el resguardo y tráelo: yo lo falsificaré fácilmente. Al día siguiente volverás y te entregarán mi maleta.

—¿Estás seguro? —pregunté, maravillada.

—Claro.

—¿Qué hay en esa maleta que te interese tanto, además de la pistola?

—Hay algunos mapas con los itinerarios que hice en el hidroavión. También algunas notas mías con los nombres y direcciones de personajes bolivianos. Además... cuando empecé a sospechar que Perla me era infiel, me decidí a registrar sus cosas. Ella era demasiado cauta y no dejaba nada al azar, pero descubrí que había un bloc y, aunque había arrancado la hoja, la escritura había quedado marcada en la siguiente. Me bastó frotar el papel con una lámina de carbón para que apareciera el texto. Eran nombres y direcciones de mujeres, por lo que entonces no le di mucha importancia, pero es posible que sí la tenga ahora.

—Muy bien —decidí—. Voy a arreglarme.

Durante mi adolescencia, había sido una gran aficionada al teatro y a las representaciones dramáticas de la escuela superior. Lo que mejor se me daba era la caracterización mediante el maquillaje.

Cuando salí del pequeño cuarto de aseo, Paul se me quedó mirando, sorprendido.

—Tenías razón Pareces otra. Ve y no tardes. Estaré preocupado hasta que vuelvas.

—No tardaré —prometí.

Habíamos permanecido en el solar de Haddon Fields durante el veintidós y el veintitrés de diciembre. Se aproximaban fechas muy entrañables para cualquier ser lleno de sensibilidad: días alegres, en los que reír y gozar en la compañía de amigos y familiares. Pero nosotros debíamos escondernos como ratas si queríamos seguir viviendo. Era muy triste y a mí se me saltaban las lágrimas cada vez que pensaba en ello, pero tenía a Paul y su presencia me compensaba.

El día anterior me había pedido que comprara cables eléctricos y algunos elementos electrónicos, con los cuales había construido una alarma que protegía las ventanas y la puerta de la caravana.

Paul pasaba horas y horas estudiando sus mapas, haciendo mediciones y cálculos y estudiando sus apuntes. De vez en cuando su expresión se animaba y entonces consultaba la guía telefónica y hacía algunas anotaciones.

Aunque parecía muy recuperado, yo estaba preocupada por él. Le había propuesto visitar a un médico, pero Paul se negó inmediatamente.

—¿Para qué? Estoy perfectamente. En cuanto a mis costillas, sólo es cuestión de tiempo —respondió—. El trabajo que estoy haciendo no me lastimará.

Aquella tarde me dijo:

—Hay que contratar el servicio de radio-teléfono. ¿Querías hacerlo?

Asentí. Paul me dio una nota con los datos del aparato instalado en nuestra caravana y me marché.

Volví antes de que oscureciera. Cuatro muchachos adolescentes estaban subidos a la valla y contemplaban coche y caravana con evidente curiosidad. Pasé de largo y di un pequeño paseo, con la esperanza de que se hubiesen marchado. Y así fue, en efecto: no había nadie a la vista cuando volví.

Era ya de noche cuando subí a la caravana. Paul me esperaba con impaciencia mal contenida. Tuve que explicarle el motivo de mi tardanza y suspiró:

—Muy bien. Mañana nos marcharemos. Iremos a establecernos más allá de South Station. Ya hemos estado aquí suficiente tiempo.

Cerró la puerta y conectó la alarma. Le expliqué que la contratación del servicio de radio-teléfono me había costado trescientos cuarenta dólares.

—¿Tanto? —se extrañó.

—El dueño de la caravana tenía dos mensualidades pendientes.

Tuve que pagarlas, si queríamos contar con el teléfono. Apenas nos quedan seiscientos dólares. Y mañana tendremos que comprar algunas cosas más...

Me miró. Parecía contrito.

—Es cierto. Me olvidé de lo del dinero. En realidad, estoy viviendo a expensas tuyas. Pero no te preocupes: sé cómo conseguir el dinero necesario.

—¿Cómo? —me maravillé.

—Tengo amigos, a los que nunca he recurrido. Me bastaría telefonar a Ted Perkins o a Rupert O'Brien para obtener en seguida cinco o diez mil dólares, tal vez más —aseguró—. Ó tal vez sería mejor que tú les visitases. De cualquier forma, mañana resolveremos todo eso.

Tomó el teléfono y se comunicó con la central. Estuvo dos o tres horas haciendo una llamada tras de otra y realizando continuas anotaciones en su bloc.

Al cabo, encendió un cigarrillo y se volvió a mirarme.

—Es extraño —dijo.

—¿Qué?

—Hay un hidroavión que sobrevuela a menudo el Bear Lake, una vez por semana aproximadamente. Es el mío..., quiero decir, el que las Grenski consiguieron llevarse. Ese aparato sobrevuela el lago a unos cincuenta metros pero no ameriza en él—. Volvió a repetir—: Es extraño.

—¿Cómo has logrado averiguar todas esas cosas? —pregunté, admirada.

—Soy piloto civil y tengo buenas amistades, tanto en los organismos de aviación civil, como en las Fuerzas Aéreas, donde fui piloto de bombarderos, ¿no lo recuerdas?—asentí y él añadió —: Sé que mi avión ha seguido volando durante estos años a Bolivia, a Perú y a Colombia. En cualquiera de esos países se puede adquirir un cargamento de cocaína. Es más: conozco incluso al piloto. Y tú también: se llama Fred McKinley.

—¡McKinley! —me asombré—, ¡El as de los pilotos de Vietnam!

—Debí imaginármelo: el héroe de Vietnam también estuvo haciendo cuestaciones en favor de la Asociación Pro-Subnormales —dijo Paul, pensativo.

De repente, la luz roja de alarma comenzó a destellar sobre la mesa que utilizaba Paul.

Vi que se ponía en pie, apagaba el flexo y la luz de alarma y se dirigía a la puerta. Todo quedó en tinieblas.

Avancé a tientas en pos de Paul, pero él abrió la puerta y encendió la linterna que llevaba en la mano derecha.

Vi fugazmente a un fornido muchacho que alzaba una barra de

hierro para golpearle y apenas fui capaz de sofocar un grito de espanto.

Sin embargo, Paul le golpeó en el rostro con el cañón de la pistola y la silueta del joven asaltante desapareció.

Paul saltó afuera y luego escuché el estampido de un disparo. Quedé inmóvil, aterrada, llena de pánico.

Se oyó el rumor de una carrera sobre los cascotes y luego la voz de Paul.

—¡Carole...!

¡Dios mío, estaba vivo! ¡Y yo había temido que...!

Me abracé a él, llorando.

—¿Qué ocurrió? —preguté—. ¿Quiénes eran?

—Cuatro o cinco gamberros. Esos granujas debieron creer que tú estabas sola. Imaginaron que sería fácil robarte, tal vez forzarte... —respondió. Acarició mis cabellos y dijo—: Vámonos de aquí, no quiero que estés tan asustada.

Cerramos la caravana y subimos al coche. El motor respondió en seguida. Di las luces y giré el volante para dar la vuelta despacio sobre los montones de cascotes que salpicaban el lugar.

Paul llevaba su pistola en la mano y parecía muy dispuesto a utilizarla a la menor señal de peligro. Por fortuna, no quedaba rastro de los jóvenes delincuentes y Paul bajó a abrir el portón destartado, cruzamos ante unos abandonados pabellones industriales y nos alejamos.

Poco después cruzábamos bajo la vía férrea. Yo creía que íbamos a detenernos en una zona próxima a los talleres de ferrocarriles, pero Paul me indicó que siguiéramos adelante.

Sacó un mapa y lo consultó a la luz de la linterna.

—Hay un camino forestal que parte a un par de kilo metros de aquí. Según parece, se extiende a través del bosque hasta Paladine. Allí empieza otro camino, de unos ochenta kilómetros de longitud, que atraviesa Blue Range y pasa muy cerca del Bear Lake —me explicó.

Le miré de soslayo.

—Pero tú dijiste que sería muy peligroso abandonar la ciudad —comenté, nerviosa, al tiempo que trataba de ver por el retrovisor exterior si nos seguía algún vehículo.

Paul apoyó una mano sobre mi rodilla derecha. Aquel simple contacto sirvió para confortarme.

—Me tiene intrigado el asunto del avión que sobrevuela una noche por semana el Bear Lake y quiero llegar al fondo del asunto. Por otra parte, no creo que haya peligro si llegamos allí a través de los caminos forestales y sólo viajamos de noche. ¿Estás de acuerdo? —me consultó.

—Tú mandas, patrón —respondí, forzando una son risa.

Dejarnos atrás Newgate Dike y llegamos al borde del bosque. El camino que habíamos traído era muy malo, pero en cuanto penetramos en la vía forestal noté que el vehículo llevaba una marcha más regular.

Por fortuna, el día anterior había sido soleado y la nieve se había fundido en su mayor parte. Ahora el cielo estaba despejado y la temperatura exterior era gélida, por lo que tuve que poner la calefacción a tope.

—Imagino que «ellos» están rabiosos e inquietos.

No saben dónde estamos y se imaginan que cada día que pase será más difícil echarnos el guante —dijo Paul, reflexivo—. Ellos trabajan contra el tiempo, pero nosotros no tenemos prisa. Ve despacio, pon la luz corta y ten confianza. Nos da lo mismo tardar un día que dos...

—Te has decidido de repente a dar este paso —observé.

—Sí, Hay momentos en que hay que tomar una decisión. Veremos qué ocurre en el Bear Lake. Si las cosas suceden como yo pienso, el hidroavión pasará en la noche del día veintiséis —respondió.

Conduje como él me había recomendado: con las luces cortas y a unos cuarenta kilómetros por hora. El camino era recto y con pocas curvas. La hierba cubría las deficiencias del camino y favorecía la marcha silenciosa.

Paul hablaba y hablaba sin cesar. Me contaba algo acerca de su adolescencia, de sus ilusiones de muchacho, de sus peripecias durante el servicio militar en las Hawaii. Charlaba de forma incansable para distraerme y evitar que me dejase ganar por la somnolencia.

Pero yo apenas había dormido un par de horas la noche anterior y el cansancio no tardó en presentarse.

—¡Carole...! —el grito me despertó.

Vi que Paul sostenía el volante con su mano izquierda y, obedeciendo a un súbito reflejo, apreté el pedal de freno a fondo. La caravana nos empujó con fuerza y el «Toronado» patinó sobre la alfombra vegetal antes de quedar cruzado sobre el camino, inmóvil.

—¡Me dormí! —clamé, pesarosa.

—Es lógico. Vamos, tiéndete atrás. Yo conduciré ahora— dijo.

—No puedo permitirte. ¡Tus costillas...!

—Mis costillas están muy bien y no me costará ningún trabajo conducir. Además, en cuanto sienta cansancio, me detendré. ¡Mira! —exclamó inclinándose hacia adelante—. La luna brilla como plata. Eso me permitirá conducir con las luces apagadas.

Tanto mejor

Tuve que obedecer sus indicaciones, pues apenas podía soportar el peso de los párpados. Me tendí sobre el ancho asiento trasero y Paul me arropó con una manta.

Sin embargo, la inquietud no me permitió dormir durante los primeros minutos. Paul puso el coche en marcha y yo contemplé con los párpados entornados su robusto cuello, los rizos de su cabello crespo y rebelde y su recio perfil, cuando se volvió para comprobar si yo estaba bien instalada.

—Te quiero —dije. Y él rió, satisfecho.

El monocorde run-rún del motor comenzó a adormecerme. Empecé a soñar enseguida: Paul luchaba a brazo partido con un gigante de cabellos rubios. La falsa melena se le escurría y yo veía un horrible cráneo cosido de costurones. Era un hombre de facciones horripilantes: le faltaba un ojo y el otro le colgaba como el péndulo de un reloj.

Yo pugnaba por golpearle con una barra de hierro, pero mis brazos carecían de fuerza y aquel cíclope llamado «Cafre» Balsam había conseguido echarle las manos al cuello a Paul. Y le ahogaba, ¡estaba estrangulándole!

Desperté aterrorizada, con los músculos en tensión y la angustiosa sensación de que una gruesa soga apretaba mi cuello.

No era una soga: era la manta, que se había arrollado y me estaba atosigando.

Paul no estaba a la vista, sólo veía el bosque y había un silencio absoluto, aterrador.

Mi corazón comenzó a palpar con fuerza. Entonces escuché unas pisadas cautelosas, lentas... Cuando estaba a punto de gritar, Paul apareció por detrás.

—¿Ha dormido bien, milady? —preguntó con una sonrisa entrañable.

—¡Tonto! —exclamé—, ¡Me has dado un susto de muerte! Me desperecé.

—¿Dónde estamos, qué hora es? —pregunté.

—Estamos al sur de Paladine, en el segundo camino forestal. Y es la una y media del mediodía —respondió.

—¡Tan tarde...! —me asombré.

—Tenías sueño atrasado y te dejé dormir. Te tengo preparado el almuerzo, ya que no es hora de desayunar. Ven.

Salí del coche y eche una ojeada alrededor. No se veía el camino por ninguna parte: estábamos en mitad del bosque.

—Vi rodadas y supuse que los guardabosques pasaban por aquí de vez en cuando. Por eso saqué el coche y el remolque del camino forestal —me explicó él.

Devoré unas salchichas, huevos y pescado hervido con salsa «kitchie». Paul me mostró unos prismáticos.

—Los encontré en una caja, en el armario. Creo que nos serán muy útiles —dijo. Y añadió—: Tendrás que relevarme. No he pegado ojo, pues no me atreví a abandonar la vigilancia: tú dormías.

—Muy bien, patrón. ¿Cuáles son las instrucciones?
—pregunté, burlona.

Me acarició con ternura.

—No pierdes el ánimo, ¿eh? No es necesario que salgas de aquí: desde esa ventana puedes vigilar. Si observas algo anormal, no tienes que hacer más que una cosa: despertarme.

—Duerme tranquilo —le respondí. Y besé sus heridos labios.

Se acostó. De repente, abrió los ojos y me miró:

—He llamado a Bob Fireman —anunció—. Y le he convencido. El y algunos de sus hombres del Board of Narcotics estarán en Bear Lake la noche del veintiséis de diciembre.

CAPITULO XIII

Impulsivamente, Paul salió de la caravana en mitad de la noche.

—¡Espera! —le llamé.

Pero él no se detuvo. Habíamos visto lucir un destello entre las frondas del bosque, muy cerca del lago.

Paul creía que debía ser Robert Fireman, pero ¿qué ocurriría si Paul se equivocaba y se trataba de otras personas...?

Tanteé en la oscuridad, buscando la «Walther», pero no la encontré: Paul se la había llevado. Me sentí plena de zozobra y mis labios temblaron.

—No temas —me dije para tranquilizarme—. El es un hombre... ¡un hombre! Y sabe lo que hace.

De todas formas, pasaron unos lentos y horribles minutos antes de que se oyera el tenue silbido de Paul y dos sombras penetraron en la caravana.

—Tranquilízate, Carole —susurró Paul—. Somos nosotros.

Solté el aire de mis pulmones con la fuerza de un neumático recién pinchado. Paul encendió la linterna a flor del piso y dijo:

—Bob, ésta es Carole Keith. Robert Fireman.

Fireman estrechó mi mano en la penumbra y dijo:

—Es usted una mujer muy valiente, señorita Keith.

—Llámeme Carole —respondí—. Y no soy nada valiente. Sólo que... las circunstancias nos obligan a parecerlo, a veces.

Fireman sonrió. Los dos hombres encendieron cigarrillos y se sentaron.

—¿Qué has averiguado? —preguntó Paul al policía.

—Los del Departamento del Tesoro trabajan con tu lista. Aun no hay nada concreto, pero parece que todas esas personas obtienen cuantiosos beneficios de empresas «fantasmas».

—¿Qué significa eso? —preguntó Paul—, ¿Empresas que no existen:

—Poco más o monos. Esas empresas disponen de unas oficinas unos cuantos empleados y poco más. Sobre el papel, son empresas turísticas o dedicadas a exportación-importación o corretaje, pero el caso es que no funcionan y... producen magníficos beneficios. Si sacamos algo concreto de Bear Lake y el informe de los hombres del Tesoro es como yo creo, el asunto se convertiría en un escándalo a escala nacional, puesto que están involucrados personajes de las finanzas, de la política, de la policía e incluso de la enseñanza o de instituciones benéficas. En tal caso, el asunto excedería incluso mi responsabilidad. Tendríamos que consultar a Washington.

—¿Quiere decir eso que... porque esos delincuentes sean

personajes influyentes no actuarían ustedes con la energía necesaria? —pregunté, severa.

Fireman se echó a reír.

—¡Ni mucho menos...! —respondió—. Lo que ocurriría es que participarían efectivos de la policía federal y que el asunto llegaría hasta el senado.

Paul se agitó, inquieto.

—¿Qué hay respecto a esa Asociación Pro-subnormales? inquirió.

—Hemos mordido en hueso. Su contabilidad es conecata y no cabe duda de que invierten las cantidades que obtienen, a través de cuestaciones y otros medios, en fines estrictamente benéficos.

—Ya. O sea, se trata de una institución absolutamente honorable.

—Sí, las inspecciones son rigurosas, pero los hombres del tesoro no han conseguido detectar la menor anomalía.

—Eso quiere decir que si no se presenta ese hidroavión volverás a decirme «Paul, no bebas tanto» —exclamó Paul con profunda decepción.

Fireman puso una mano sobre su hombro.

—No, porque ahora sé que has estado a punto de ser asesinado en dos ocasiones. Y *alguien* debe tener razones para querer matarte —aspiró profundamente el humo del cigarrillo, lo expelió y dijo —: Escuchad, es posible que tu esposa ocultase cantidades de cocaína en tu chalet, pero cuando yo lo registré no había nada. Quizá vosotros no sepáis que muy a menudo nosotros cometemos errores que luego nos obligan a disculparnos e incluso, en ocasiones, a dimitir de nuestros cargos. Eso nos ha enseñado a ser cautos, pero no creas que abandonamos una investigación fácilmente. Si no viene esta noche ese avión, vendrá otra noche. Y entonces tendremos algo tangible, a partir de lo cual podremos actuar con todos nuestros recursos.

Consultó el reloj y dijo:

—Vuelvo abajo. Para llegar hasta esta colina he estado a punto de romperme una pierna. No os mováis de aquí. Lo que haya que hacer, lo haremos nosotros. Estamos bien preparados. Buenas noches.

Estrechó nuestras manos vigorosamente. Paul apagó la linterna y le acompañó al exterior.

Cuando Paul volvió al cálido cobijo del remolque, eran casi las once. Pasaba el tiempo y el bosque permanecía en profundo silencio. Allá abajo, la luna se reflejaba en la mitad oriental del lago como un espejo.

Paul consultaba su reloj a cada momento. Pasaban de las once,

las once y cuarto, las once y media. Y su nerviosismo iba en aumento.

—¡No vendrá, no vendrá! —gruñó, desesperado.

Y se interrumpió de repente. Porque hasta nosotros llegaba claramente un rumor que fue haciéndose más y más potente. Paul apagó la linterna y tomó los prismáticos. Salimos afuera.

Buscábamos las luces de posición del hidroavión, pero no las vimos. Por la sencilla razón de que las llevaba apagadas. Pero la luna arrancó un destello de su metálico fuselaje. El aparato descendía desde el sur. Volaba ya tan bajo que parecía inminente el amerizaje. Sin embargo, al borde del lago ya, se elevó ostensiblemente y luego pasó por encima de nuestras cabezas y las copas de los abetos le ocultaron. El ruido de sus dos potentes motores se fue extinguiendo hasta desaparecer.

—Nada —murmuré, desesperanzada.

—¿Cómo que nada? —exclamó Paul, extrañamente agitado—. ¡Ha dejado caer treinta o cuarenta bultos cuando pasó acariciando el agua con sus flotadores.,,!

Le arranqué los prismáticos de las manos. Y miré con ansiedad. En la superficie del lago no había nada y se lo dije a Paul.

—¡Naturalmente! Los fardos llevan contrapesos que les permiten quedarse entre dos aguas —respondió—. Algo así había imaginado yo. De este modo, el hidroavión no necesita amerizar, con el consiguiente riesgo de ser avistado y apresado. En realidad, nadie que no estuviera observándole con unos prismáticos advertiría la maniobra de soltar la carga. Supongo que al amanecer, o esta misma noche., algunos hombres botarán lanchas al lago y recuperarán el alijo.

No fue al amanecer, sino apenas media hora después. Escuchamos el rítmico plas-plas de un motor y Paul distinguió la mancha confusa de una embarcación que avanzaba hacia el centro del lago por la zona de penumbra.

—Son cuatro lanchas neumáticas, grandes, unidas entre sí —susurró Paul—. Hay tres hombres-rana a bordo y otros dos que manejan el par de motores.

Treinta minutos después, la extraña almadía volvía a la orilla cargada de fardos de plástico.

Abajo se encendieron de repente potentes focos y la almadía quedó perfectamente iluminada.

Escuchamos gritos y después, una ráfaga de ametralladora. Luego todo quedó en silencio. Un silencio de muerte.

Algún tiempo después llegó Bob Fireman. Jadeaba y tenía un color terroso en la cara.

—Han matado a uno de mis muchachos y nosotros hemos

abatido a tres de los suyos —explicó, muy agitado—. Llegaron con un coche «todo-terreno» y les vimos armar esa almadía y echarse al lago, Pero no vimos a los que habían quedado apostados en el bosque. Cuando encendimos los focos y les dimos el alto, los del bosque comenzaron a disparar y, en fin, tuvimos que defendernos. Eran ocho hombres, tres de los cuales están muertos y otros tres heridos. El alijo se compone de mil doscientos kilos de clorhidrato de cocaína, muy puro. Creo que... de todas formas ha valido la pena.

Nos miró de hito en hito y dijo:

—Esto no lo resuelve todo. ¿Qué piensas hacer, Paul?

—¿Qué podemos hacer? —exclamó alegre, a pesar de todo—. Concluido el plan «A», tendremos que iniciar el plan «B».

No sabía entonces a qué se refería, pero me estremecí.

Yo tenía ganas de llorar, pero me las aguanté.

—Piénsalo —imploré—. Aún estás a tiempo de volverte atrás.

Pero Paul Halkin ya había tomado su decisión.

—Cuida de ella, Bob —dijo, volviéndose hacia Fireman—. La amo.

—Ve tranquilo. Todo está previsto —respondió el policía.

Paul bajó del coche y atravesó Fleet Street en dirección al edificio de la Asociación Pro-subnormales. Caminaba erguido, con paso ágil y seguro, y ni en un solo instante se volvió a mirar atrás.

Le vimos desaparecer en el iluminado vestíbulo y yo cerré los ojos, angustiada. Lo que sucedió allí, me lo contó Paul aquella misma noche bajo la tibia protección de las ropas del lecho.

* * *

Nadie le impidió la entrada. Tras una breve vacilación, tomó el ascensor y presionó el botón correspondiente al tercer piso, donde estaba reunido el comité de la asociación.

Era el treinta de diciembre. Al día siguiente, todos los personajes que se reunían en el tercer piso organizarían y asistirían a fastuosas fiestas de fin de año, según sus planes.

Paul abrió la puerta del ascensor y puso un pie en el pasillo. Inmediatamente un enorme puño se abatió sobre su cráneo y le envió rodando al suelo. Estaba a punto de perder el conocimiento, pero aún poseía un poco de consciencia.

Delante de él estaba el gigantesco «Cafre» Balsam. No llevaba las gafas y su único ojo brillaba con un fulgor maligno.

—Arriba —dijo.

Se puso en pie, tambaleante. «Cafre» le cacheó diestramente y luego le empujó adelante con rudeza. Penetró en una gran sala, profusamente iluminada. Aunque su visión no era normal después del terrible testarazo, vio una mesa alargada y a la veintena de personas que se sentaban a ella.

Respiró hondamente y su visión se aclaró. Vio al frente a Stella y Barbra Grenski, elegantes y frías; vio también a Ernest Loneway, ayudante del fiscal del Estado, al piloto Fred McKinley, a Diane McGathery, al senador Bert Callaham, al comisario Harold Guys, a dos importantes banqueros, a media docena más de conocidas e importantes personalidades.

—Honorables señores —dijo con burla—. ¿Cómo se les ocurre contratar a este bestia como conserje de tan noble fundación?

El aire se desplazó detrás de Paul: al parecer, «Cafre» Balsam se disponía a abatirle de un golpe. Pero el golpe no llegó a ser

descargado, porque el rostro de la señora McGathery se crispó, lleno de horror.

—¡No, por favor, aquí no!—suplicó—. No puedo ver la sangre.

«Cafre» le empujó rudamente hacia adelante... Porque alguien acababa de pedir con voz dulce y pastosa:

—Tráigalo aquí. Balsam.

¿Quién era? Una mujer, sin duda, pero Halkin no podía ver su rostro, porque se sentaba de espaldas a él. Pero la mujer se volvió entonces y Paul retrocedió al reconocer aquellas facciones.

—¡Perla!—exclamó demudado—. Pero ¡no puede ser! *Yo mismo te maté*. No quería disparar, pero tú...

Perla Halkin dejó escapar una argentina carcajada interminable.

—No seas tonto, Paul —dijo al cabo—. Fui yo misma quien te obligó a disparar. *Quería hacerte creer que me habías matado*. Pero llevaba un magnífico chaleco anti-balas bajo la ropa y apenas sentí un fuerte empujón.

—Pero... ¡caíste al río desde treinta metros de altura! —exclamó Paul.

—Querido, yo me había lanzado desde allí docenas de veces, simplemente por amor al riesgo. A menos de treinta metros me esperaba una lancha, que me recogió sana y salva —Perla sonreía desdeñosamente.

—No lo entiendo. Si querías deshacerte de mí para siempre, ¿por qué no me hiciste asesinar? Para ti hubiera sido fácil —la voz del hombre tenía un trémolo de angustiada tristeza.

Perla volvió a reír, mostrando dos hileras perfectas de menudos dientes.

—Querido, como dice la distinguida señora McGathery, tampoco yo puedo ver la sangre. Estaba segura de que callarías por tu propio interés. Tan segura como de que acabarías degradándote hasta que, algún día, terminarías poniendo fin a tu vida por tu propia voluntad —dijo.

Paul se tapó el rostro con las manos, demudado.

—Es horrible, ¡horrible!—exclamó. Y lentamente dejó caer los brazos—. Tan horrible como que todos estos honorables señores y señoras, que representan la élite de nuestra ciudad, sólo sean unos delincuentes sin escrúpulos, verdaderos criminales...

«Cafre» Balsam alzó un puño para hundirle el cráneo de un solo golpe, pero Perla le detuvo a tiempo.

—¡No, aquí no!—ordenó, enérgica—. Sácalo de aquí... Querido —se acercó a Halkin, aunque manteniéndose a prudente distancia—, ha llegado el momento de separarnos definitivamente. El señor Balsam no te hará sufrir, tomará tu cuello entre sus grandes

manos y... te lo romperá. No sentirás nada, absolutamente nada.

Balsam avanzó hacia Halkin con sus temibles manos crispadas.

—¡Un momento!—le detuvo Perla—. ¿Quiénes están abajo?

—Hays y Devine —respondió el gigante.

—Llámeles por el interfono y ordéneles que cierren la puerta.

Que permanezcan atentos y no permitan acercarse a nadie —ordenó la bellísima mujer.

Sin perder de vista a Halkin, Balsam retrocedió, descolgó el auricular del teléfono interior y se comunicó con la planta baja. Su único ojo fulgió un momento.

—No están, no responden —gruñó, asustado.

Perla Halkin frunció los gruesos labios en un rictus iracundo.

—¿Cómo que no están? Eso es estúpido —clamó—. Llámeles de nuevo.

Paul retrocedió unos pasos.

—Es inútil. Verdaderamente, Hays y Devine no están aquí. Deben estar ya a buen recaudo, en el interior de un coche celular —explicó tranquilamente—. En realidad, ninguno de ustedes asistirán mañana a las lujosas cenas y bailes que tenían en proyecto. Verán... la reunión del comité ha venido a ser como... un programa de televisión. Si alzan los ojos, verán que tras el retrato de la señorita Barbra Grenski hay una cámara de televisión. Bueno, los policías federales aprovecharon los días siguientes a Navidad en llenar todo esto de micrófonos y cámaras de televisión. Pero, por favor, relajen esos gestos. Piensen que va a contemplarlos a ustedes todo el mundo. ¡No saldrían nada favorecidos si no logran sonreír...!

Perla había palidecido, el comisario Guys maldijo con voz sorda y la señora McGathery se puso en pie, despavorida.

«Cafre» Balsam caminó pesadamente hacia Paul Halkin. Pero el policía que acababa de entrar en el salón de asambleas le golpeó en el cráneo con el cañón de su metralleta y, claro, los dos metros de humanidad del gigante golpearon duramente el pavimento.

Luego, todo fueron chillidos, grititos y maldiciones. El comisario Guys y el senador Callaham intentaron arrojarle por una ventana, pero el vidrio era a prueba de golpes y finalmente unieron sus muñecas para recibir las esposas.

Stella y Barbra Grenski trataban de sonreír por encima de todo. Querían salir bien en el noticiario televisivo de las doce de la noche. Pero Perla Halkin no sonreía: su bello rostro sólo reflejaba rabia y desesperación.

—Lo siento —murmuré a su oído—. De veras, lo siento de corazón.

Paul acababa de recibir la noticia de que Perla se había suicidado en la prisión.

—Lo sé. Yo tampoco conseguí odiarla. A pesar de todo —respondió él.

Pasó una mano por mis hombros y me oprimió con fuerza.

—Vamos a casa. Hoy, más que nunca, necesito de ti, pequeña —pidió.

Tomamos un taxi. Cuando, poco después, subíamos en el ascensor, su ceño se había despejado.

—Jamás me dejaré ganar por el abatimiento —me prometió al oído—. Y trataré de devolverle un poco de lo mucho que me has dado.

—¿No coquetearás con Gloria Waines? Ya sabes, tú mismo lo dijiste: «No te fíes de Paul Halkin» —bromeé.

—Ahora sí puedes fiarte de Paul Halkin —aseguró. Y me aferró por la cintura y me besó tan apasionadamente que, cuando se abrió la puerta del ascensor ni siquiera lo advertí. La señora Meredith nos observó a través de sus lentes, movió la cabeza y susurró dulcemente:

— Ahí... no está bien.

Un poco arrebolada, abandoné el ascensor y luego penetramos en nuestro apartamento.

— ¿Lo ves, Paul Halkin? —exclamé, amenazando a Paul con un dedo extendido—. ¡Nadie puede fiarse de ti...!

FIN

¡AHORA sí es posible!
*Puede usted saborear de
nuevo las más apasionantes
e inolvidables novelas de*

MARCIAL LAFUENTE ESTEFANIA

*a través de una selección
que ofrecen las Colecciones:*

BISONTE Serie Roja

BISONTE Serie Azul

BUFALO Serie Roja

BUFALO Serie Azul

CALIFORNIA

SALVAJE TEXAS

COLORADO

KANSAS

HEROES DEL OESTE

CALIBRE 44

HOMBRES DEL OESTE



ASEGURE SU EJEMPLAR

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 35 PTAS.